



LA DAMA DUENDE,  
de Pedro Calderón de la Barca

LA DAMA DUENDE

Personas que hablan en ella:

Don MANUEL

Don LUIS

Don JUAN

COSME, gracioso

RODRIGO, criado

Doña ÁNGELA

Doña BEATRIZ

ISABEL, criada

CLARA, criada

CRIADOS

ACTO PRIMERO

Salen don MANUEL y COSME, de camino

MANUEL:        Por un hora no llegamos  
                    a tiempo de ver las fiestas  
                    con que Madrid generosa  
                    hoy el bautismo celebra  
                    del primero Baltasar.

COSME:        Como ésas, cosas se aciertan  
                    o se yerran por un hora:  
                    Por una hora que fuera  
                    antes Píramo a la fuente,  
                    no hallara a su Tisbe muerta  
                    y las moras no mancharan  
                    porque dicen los poetas  
                    que con arropo de moras  
                    se escribió aquella tragedia.  
                    Por una hora que tardara  
                    Tarquino, hallara a Lucrecia  
                    recogida con lo cual  
                    los autores no anduvieran,  
                    sin ser vicarios, llevando  
                    a salas de competencias  
                    la causa, sobre saber  
                    si hizo fuerza o no hizo fuerza.  
                    Por una hora que pensara

si era bien hecho o no era  
echarse Hero de la torre,  
no se echara, es cosa cierta,  
con que se hubiera excusado  
al doctor Mira de Amescua  
de haber dado a los teatros  
tan bien escrita comedia,  
y haberla representado  
Amarilis tan de veras  
que volatín del carnal  
--si otros son de la cuaresma--  
sacó más de alguna vez  
las manos en la cabeza.  
Y puesto que hemos perdido  
por una hora tan gran fiesta,  
no por una hora perdamos  
la posada, que si llega  
tarde Abindarraez, es ley  
que haya de quedarse fuera;  
y estoy rabiando por ver  
este amigo que te espera  
como si fueras galán  
al uso con cama y mesa,  
sin saber cómo o por dónde  
tan grande dicha nos venga.  
Pues, sin ser los dos torneos,  
hoy a los dos nos sustenta.

MANUEL: Don Juan de Toledo es, Cosme,  
el hombre que más profesa  
mi amistad, siendo los dos  
envidia ya que no afrenta  
de cuantos la antigüedad  
por tantos siglos celebra.  
Los dos estudiamos juntos  
y, pasando de las letras  
a las armas, los dos fuimos  
camaradas en la guerra  
en las de Piamonte. Cuando  
el señor duque de Fera  
con la jineta me honró,  
le di, Cosme, mi bandera.  
Fue mi alférez y después,  
sacando de una refriega  
una penetrante herida,  
le curé en mi cama mesma.  
La vida, después de Dios,  
me debe. Dejo las deudas

de menores intereses;  
que entre nobles es bajeza  
referirlas. Pues pos eso  
pintó la docta academia  
al galardón una dama  
rica y las espaldas vueltas,  
dando a entender que, en haciendo  
el beneficio, es discreta  
acción olvidarse de él;  
que no le hace el que le acuerda.  
En fin, don Juan, obligado  
de amistades y finezas,  
viendo que su majestad  
con este gobierno premia  
mis servicios y que vengo  
de paso a la corte, intenta  
hoy hospedarme en su casa  
por pagarme con las mismas.  
Y, aunque a Burgos me escribió  
de casa y calle las señas,  
no quise andar preguntando  
a caballo dónde era,  
y así dejé en la posada  
las mulas y las maletas.  
Yendo hacia donde me dice,  
vi las galas y libreas,  
e, informado de la causa,  
quise, aunque de paso, verlas.  
Llegamos tarde en efecto,  
porque...

Salen doña ÁNGELA e ISABEL, en corto  
tapadas

ÁNGELA: Si como lo muestra  
el traje, sois caballero  
de obligaciones y prendas,  
amparad a una mujer,  
que a valerse de vos llega.  
Honor y vida me importa  
que aquel hidalgo no sepa  
quién soy y que no me siga.  
Estorbad, por vida vuestra,  
a una mujer principal,  
una desdicha, una afrenta,  
que podrá ser que algún día...

¡Adiós, adiós; que voy muerta!

Vase

COSME: ¿Es dama? ¿O es torbellino?

MANUEL: ¿Hay tal suceso?

COSME: ¿Qué piensas  
hacer?

MANUEL: ¿Eso preguntas?

¿Cómo puede mi nobleza  
excusarse de excusar  
una desdicha, una afrenta?  
Que según muestra, sin duda,  
es su marido.

COSME: ¿Y qué intentas?

MANUEL: Detenerle con alguna  
industria. Mas si con ella  
no puedo, será forzoso  
el valerme de la fuerza  
sin que él entienda la causa.

COSME: Si industria buscas, espera;  
que a mi fe me ofrece una.  
Esta carta, que encomienda  
es de un amigo, me valga.

Salen don LUIS y RODRIGO, su criado

LUIS: Yo tengo de conocerla,  
no más de por el cuidado  
con que de mi se recela.

RODRIGO: Síguela, y sabrás quién es.

Llega COSME, y retírase don MANUEL

COSME: Señor, aunque con vergüenza  
llego, vuesaerced me haga  
tan gran merced que me lea  
a quién esta carta dice.

LUIS: No voy agora con flema.

Detiénele

COSME: Pues si flema sólo os falta,

yo tengo cantidad de ella,  
y podré partir con vos.

LUIS: Apartad.

MANUEL: (¡Oh, qué derecha Aparte  
es la calle. Aún no se pierde  
de vista.)

COSME: Por vida vuestra.

LUIS: Vive Dios, que sois pesado,  
y os romperé la cabeza  
si mucho me hacéis.

COSME: Por eso  
os haré poco.

LUIS: Paciencia  
me falta para sufriros.  
Apartad de aquí.

Rempújale

MANUEL: (Ya es fuerza Aparte  
llegar. Acabe el valor  
lo que empezó la cautela.)

Llega

Caballero, ese criado  
es mío, y no sé qué pueda  
haberos hoy ofendido  
para que de esa manera  
le atropelléis.

LUIS: No respondo  
a la duda o a la queja  
porque nunca satisface  
a nadie. Adiós.

MANUEL: Si tuviera  
necesidad mi valor  
de satisfacciones, crea  
vuestra arrogancia de mí  
que no me fuera sin ella.  
Preguntar en qué os ofende  
[..... -e-a]  
merece más cortesía  
y, pues la corte la enseña,  
no la pongáis en mal nombre  
aunque un forastero venga  
a enseñarla a los que tienen

obligación de saberla.

LUIS: ¡Quién pensare que no puedo enseñarla yo...

MANUEL: La lengua suspended y hable el acero.

Sacan las espadas

LUIS: Decís bien.

COSME: ¡Oh, quién tuviera

gana de reñir!

RODRIGO: Sacad la espada vos.

COSME: Es doncella y sin cédula o palabra. No puedo sacarla.

Salen doña BEATRIZ, teniendo a don JUAN, y CLARA, criada y gente

JUAN: Suelta, Beatriz.

BEATRIZ: No has de ir.

JUAN: Mira que es con mi hermano la pendencia.

BEATRIZ: ¡Ay de mí, triste!

JUAN: A tu lado estoy.

LUIS: Don Juan, tente. Espera; que más que a darme valor a hacerme cobarde llegas. Caballero forastero, quien no excusó la pendencia solo, estando acompañado bien se ve, que no la deja de cobarde. Idos con Dios; que no sabe mi nobleza reñir mal, y más con quien tanto brío y valor muestra. Idos con Dios.

MANUEL: Yo os estimo bizarría y gentileza; pero si de mí por dicha algún escrúpulo os queda,

me hallaréis donde quisieréis.

LUIS: Norabuena

MANUEL: Norabuena.

JUAN: ¿Qué es lo que miro y escucho?  
¿Don Manuel?

MANUEL: ¿Don Juan?

JUAN: Suspensa  
el alma no determina  
qué hacer cuando considera  
un hermano y un amigo,  
que es lo mismo, en diferencia  
tal, y hasta saber la causa,  
dudaré.

LUIS: La causa es ésta.  
Volver por ese criado  
este caballero intenta,  
que necio me ocasionó  
a hablarle mal. Todo cesa  
con esto.

JUAN: Pues, siendo así  
cortés, ¿me darás licencia  
para que llegue a abrazarte?  
El noble huésped que espera  
nuestra casa es el señor  
don Manuel, hermano. Llega;  
que dos que han reñido iguales,  
desde aquel instante quedan  
más amigos pues ya hicieron  
de su valor experiencia.  
Daos los brazos.

MANUEL: Primero  
que a vos os los dé, me lleva  
el valor que he visto en él  
a que al servicio me ofrezca  
del señor don Luis.

LUIS: Yo soy  
vuestro amigo, y ya me pesa  
de no haberos conocido,  
pues vuestro valor pudiera  
haberme informado.

MANUEL: El vuestro,  
escarmentado, me deja  
una herida en esta mano

LUIS: [¡Por mi vida!] ¡Más quisiera  
tenerla mil veces yo!

COSME: ¡Qué cortesana pendencia!

JUAN: ¿Herida? Vení a curaros.

Tú, don Luis, aquí te queda  
hasta que tome su coche  
doña Beatriz que me espera,  
y de esta descortesía  
me disculparás con ella.  
Venid, señor, a mi casa  
--mejor dijera a la vuestra--  
donde os curéis.

MANUEL:                       Que no es nada.

JUAN:                        Venid presto.

MANUEL:                   (¡Qué tristeza     Aparte  
me ha dado que me reciba  
con sangre Madrid!)

LUIS:                       (¡Qué pena     Aparte  
tengo de no haber podido  
saber qué dama era aquella!)

COSME:                    (¡Qué bien merecido tiene     Aparte  
mi amor lo que se lleva  
porque no se meta a ser  
don Quijote de la legua!)

Vanse los tres, y llega don LUIS [a] doña  
BEATRIZ que está aparte

LUIS:                     Ya la tormenta pasó.  
Otra vez, señora, vuelva  
a restituir las flores  
que agora marchita y seca  
de vuestra hermosura el hielo  
de un desmayo.

BEATRIZ:                   ¿Dónde queda  
don Juan?

LUIS:                     Que le perdonéis  
os pide, porque le llevan  
forzosas obligaciones,  
y el cuidar con diligencia  
de la salud de un amigo  
que va herido.

BEATRIZ:                   ¡Ay de mí! ¡Muerta  
estoy! ¿Es don Juan?

LUIS:                     Señora,  
no es don Juan, que no estuviera,  
estando herido mi hermano,  
yo con tan grande paciencia.  
No os asustéis, que no es justo;  
que sin que él la herida tenga



tengamos entre los dos,  
yo el dolor, y vos la pena...  
digo dolor, el de veros  
tan postrada, tan sujeta  
a un pesar imaginado,  
que hiere con mayor fuerza.

BEATRIZ: Señor don Luis, ya sabéis  
que estimo vuestras finezas,  
supuesto que lo merecen  
por amorosas y vuestras;  
pero no puedo pagarlas,  
que eso han de hacer las estrellas,  
y no hay de lo que no hacen  
quien las tome residencia.  
Si lo que menos se halla  
es hoy lo que más se precia  
en la corte, agradeced  
el desengaño, siquiera,  
por ser cosa que se halla  
con dificultad en ella.  
Quedad con Dios.

Vase con su criada

LUIS: Id con Dios.  
No hay acción que me suceda  
bien, Rodrigo. Si una dama  
veo airosa, y conocerla  
solicito, me detienen  
un necio y una pendencia  
que no sé cuál es peor.  
Si riño y mi hermano llega,  
es mi enemigo su amigo;  
si por disculpa me deja  
de una dama, es una dama  
que mil pesares me cuesta.  
De suerte que una tapada  
me huye, un necio me atormenta,  
un forastero me mata,  
y un hermano me le lleva  
a ser mi huésped a casa  
y otra dama me desprecia.  
De mal anda mi fortuna.

RODRIGO: Que de todas esas penas  
que sé la que siente más.

LUIS: No sabes.

RODRIGO:           Que la que llegas  
a sentir más son los celos  
de tu hermano y Beatriz bella.

LUIS:           Engañaste.

RODRIGO:           Pues, ¿cuál es?

LUIS:           Si tengo de hablar de veras  
--de ti sólo me fiara--  
lo que más siento es que sea  
mi hermano tan poco atento  
que llevar a casa quiera  
un hombre mozo, teniendo,  
Rodrigo, una hermana bella,  
viuda y moza y, como sabes,  
tan de secreto que apenas  
sabe el sol que vive en casa,  
porque Beatriz, por ser deuda,  
solamente la visita.

RODRIGO:       Ya sé que su esposo era  
administrador en puertos  
de mar de unas reales rentas,  
y quedó debiendo al rey  
grande cantidad de hacienda.  
Y ella a la corte se vino  
de secreto donde intenta,  
escondida y retirada,  
componer mejor sus deudas.  
Y esto disculpa a tu hermano  
pues, si mejor consideras  
que su estado no le da  
ni permisión ni licencia  
de que nadie la visite,  
y que, aunque su huésped sea  
don Manuel, no ha de saber  
que en casa, señor, se encierra  
tal mujer, ¿qué inconveniente  
hay en admitirle en ella?  
Y más, habiendo tenido  
tal recato y advertencia  
que para su cuarto ha dado  
por otra calle la puerta,  
y la que salía a la casa  
por desmentir la sospecha  
de que el cuidado la había  
cerrado, o porque pudiera  
con facilidad abrirse  
otra vez fabricó en ella  
una alacena de vidrios

labrada de tal manera  
que parece que jamás  
en tal parte ha habido puerta.

LUIS:       ¿Ves con lo que me aseguras?  
Pues con eso mismo intentas  
darme muerte, pues ya dices  
que no ha puesto por defensa  
de su honor más que unos vidrios  
que al primer golpe se quiebran.  
Vanse y salen doña ÁNGELA e ISABEL

ÁNGELA:       Vuélveme a dar, Isabel,  
esas tocas. ¡Pena esquiva!  
Vuelve a amortajarme viva  
ya que mi suerte crüel  
lo quiere así.

ISABEL:       Toma presto  
porque, si tu hermano viene  
y alguna sospecha tiene,  
no la confirme con esto  
de hallarte de esta manera  
que hoy en palacio te vio.

ÁNGELA:       ¡Válgame el cielo, que yo  
entre dos paredes muera,  
donde apenas el sol sabe  
quien soy! Pues la pena mía  
en el término del día  
ni se contiene, ni cabe  
donde inconstante la luna  
que aprende influjos de mí,  
no puede decir "Ya vi  
que lloraba su fortuna."  
Donde, en efecto, encerrada,  
sin libertad he vivido,  
porque enviudé de un marido,  
con dos hermanos casada.  
Y luego delito sea  
sin que toque en liviandad,  
depuesta la autoridad  
ir donde tapada vea  
un teatro en quien la fama  
para su aplauso inmortal  
con acentos de metal  
a voces de bronce llama.

              ¡Suerte injusta! ¡Dura estrella!  
ISABEL:       Señora, no tiene duda

de que mirándote viuda,  
tan moza, bizarra y bella,  
tus hermanos cuidadosos  
te celen, porque este estado  
es el más ocasionado  
a delitos amorosos.

Y más en la corte hoy  
donde se han dado en usar  
unas viuditas de azahar;  
que al cielo mil gracias doy  
cuando en las calles las veo  
tan honestas, tan fruncidas,  
tan beatas y aturcidas,  
y en quedándose en mateo  
es el mirarlas contento,  
pues sin toca y devoción  
faltan más a cualquier son  
que una pelota de viento.

Y este discurso doblado  
para otro tiempo, señora,  
como no habemos agora  
en el forastero hablado  
a quien tu honor encargaste  
y tu galán hoy hiciste.

ÁNGELA: Parece que me leíste  
el alma en eso que hablaste.

Cuidadosa me ha tenido  
no por él, sino por mí,  
porque después cuando oí  
de las cuchilladas rüido,  
me puse--mas son quimeras--

Isabel, a imaginar  
que él había de tomar  
mi disgusto tan de veras,  
que había de sacar la espada  
en mi defensa. Yo fui  
necia en empeñarle así;  
mas una mujer turbada,  
¿qué mira, o qué considera?

ISABEL: Yo no sé si lo estorbó,  
mas sé que no nos siguió  
tu hermano más.

ÁNGELA: ¡Oye, espera!

Sale don LUIS

LUIS:           ¿Ángela?  
 ÁNGELA:           Hermano y señor,  
                   turbado y confuso vienes.  
                   ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?  
 LUIS:           Harto tengo, tengo honor.  
 ÁNGELA:           (¡Ay de mí! Sin duda es    Aparte  
                   que don Luis me conoció.)  
 LUIS:           Y así siento mucho yo  
                   que te estime poco.  
 ÁNGELA:           Pues,  
                   ¿has tenido algún disgusto?  
 LUIS:           Lo peor es, cuando vengo  
                   a verte, el disgusto tanto  
                   que tuve, Ángela.  
 ISABEL:           (¡Otro susto!) Aparte  
 ÁNGELA:           Pues yo, ¿n qué te puedo dar,  
                   hermano, disgusto? Advierte...  
 LUIS:           Tú eres la causa, y el verte...  
 ÁNGELA:           (¡Ay de mí!)                    Aparte  
 LUIS:           ...Ángela estimar  
                   tan poco, de nuestro hermano.  
 ÁNGELA:           (¡Eso sí!)                    Aparte  
 LUIS:           Pues cuando vienes  
                   con los disgustos que tienes,  
                   cuidados te dé, no en vano.  
                   El enojo que tenía,  
                   con el huésped me pagó,  
                   pues, sin conocerle yo,  
                   hoy le [he] herido en profecía.  
 ÁNGELA:           Pues, ¿cómo fue?  
 LUIS:           Entré en la plaza  
                   de palacio, hermano, a pie,  
                   hasta el palenque, porque  
                   toda la desembaraza  
                   de coches, y caballeros  
                   la guarda. A un corro me fui  
                   de amigos, adonde vi  
                   que alegres y lisonjeros  
                   los tenía una tapada,  
                   a quien todos celebraron  
                   lo que dijo, y alabaron  
                   de entendida y sazónada.  
                   Desde el punto que llegué  
                   otra palabra no hablé,  
                   tanto, que a alguno obligó  
                   a preguntarla por qué.  
                   ¿Porque yo llegaba había

con tanto extremo callado?  
Todo me puso en cuidado.  
Miré si la conocía,  
y no pude, porque ella  
se puso más en taparse,  
en esconderse y guardarse.  
Viendo que no pude vella,  
seguilla determiné.  
Ella siempre atrás volvía  
a ver si yo la seguía  
cuyo gran cuidado fue  
espuela de mi cuidado.  
Yendo de esta suerte, pues,  
llegó un hidalgo, que es  
de nuestro huésped criado  
a decir que le leyese  
una carta. Respondí  
que iba de prisa, y creí  
que detenerme quisiese  
con este intento, porque  
la mujer [le] habló al pasar  
y tanto dio en porfiar  
que le dije no sé qué.  
Llegó en aquella ocasión  
en defensa del criado  
nuestro huésped, muy soldado.  
Sacamos, en conclusión,  
las espadas. Todo es esto  
pero más pudiera ser.

ÁNGELA: Miren la mala mujer  
en qué ocasión te había puesto;  
que hay mujeres tramoyeras.  
Pondré que no conocía  
quién eras, y que lo hacía  
solo porque la siguieras.  
Por eso estoy harta yo  
de decir--si bien te acuerdas--  
que mires que no te pierdas  
por mujercillas que no  
saben más que aventurar  
los hombres.

LUIS: ¿En qué has pasado  
la tarde?

ÁNGELA: En casa me he estado  
entretenida en llorar.

LUIS: ¿Hate nuestro hermano visto?

ÁNGELA: Desde esta mañana, no

ha entrado aquí.

LUIS:                    ¡Qué mal yo  
estos descuidos resisto!

ÁNGELA:            Pues deja los sentimientos;  
que al fin sufrirle es mejor;  
que es nuestro hermano mayor  
y comemos de alimentos.

LUIS:                Si tú estás tan consolada,  
yo también, que yo por ti  
lo sentía; y porque así  
veas, no dárseme nada  
a verle voy, y aún con él  
haré una galantería.

Vase

ISABEL:            ¿Qué dirás, señora mía,  
después del susto crüel  
de lo que en casa nos pasa?  
Pues el que hoy ha defendido  
tu vida, huésped y herido,  
le tienes dentro de casa.

ÁNGELA:            Yo, Isabel, lo sospeché  
cuando de mi hermano oí  
la pendencia, y cuando vi  
que el herido el huésped fue.

    Pero aun bien no lo he creído  
porque cosa extraña fuera  
que un hombre a Madrid viniera  
y hallase recién venido  
una dama que rogase  
que su vida defendiese,  
un hermano que le hiriese,  
y otro que le aposentase.

    Fuera notable suceso  
y, aunque todo puede ser,  
no lo tengo de creer  
sin vello.

ISABEL:            Y si para eso  
te dispones, yo bien sé  
por donde verle podrás  
y aun más que velle.

ÁNGELA:            Tú estás  
loca. ¿Cómo? Si se ve  
de mi cuarto tan distante  
el suyo?

ISABEL: Parte hay por donde  
este cuarto corresponde  
al otro. Esto no te espante.

ÁNGELA: No porque verlo deseo  
sino sólo por saber,  
dime, ¿cómo puede ser?  
Que lo escucho y no lo creo.

ISABEL: ¿No has oído que labró  
en la puerta una alacena  
tu hermano?

ÁNGELA: Ya lo que ordena  
tu ingenio he entendido yo.  
¿Dirás que, pues es de tabla,  
algún agujero hagamos  
por donde al huésped veamos?

ISABEL: Más que eso mi ingenio entabla.

ÁNGELA: Di.

ISABEL: Por cerrar y encubrir  
la puerta que se tenía  
y que a este jardín salía  
y poder volverla a abrir,  
hizo tu hermano poner  
portátil una alacena.  
Ésta, aunque de vidrios llena,  
se puede muy bien mover.  
Yo lo sé bien, porque cuando  
la alacena aderecé  
la escalera la arrimé  
y ella se fue desclavando  
poco a poco de manera  
que todo junto cayó,  
y dimos en tierra yo,  
alacena y escalera  
de surte que en falso agora  
la tal alacena está  
y, apartándose podrá  
cualquiera pasar, señora.

ÁNGELA: Esto no es determinar  
sino prevenir primero.  
Ves aquí, Isabel, que quiero  
a esotro cuarto pasar;  
he quitado la alacena,  
¿por allá no se podrá  
quitar también?

ISABEL: Claro está,  
y para hacerla más buena  
en falso se han de poner



dos clavos, para advertir  
que sólo la sepa abrir  
el que lo llega a saber.

ÁNGELA: Al criado que viniere  
por luz y por ropa, di  
que vuelva a avisarte a ti  
si acaso el huésped saliere  
de casa; que según creo,  
no le obligará la herida  
a hacer cama.

ISABEL: ¿Y, por tu vida,  
irás?

ÁNGELA: Un necio deseo  
tengo de saber si es él  
el que mi vida guardó,  
porque si le cuesto yo  
sangre y cuidado, Isabel,  
es bien mirar por su herida,  
si es que, segura de miedo  
de ser conocida, puedo  
ser con él agradecida.  
Vamos, que tengo de ver  
la alacena, y si pasar  
puedo al cuarto, he de cuidar,  
sin que él lo llegue a entender,  
desde aquí de su regalo.

ISABEL: Notable cuento será  
[si se da] cuenta.

ÁNGELA: No hará;  
que hombre que su esfuerzo igualo  
a su gala y discreción,  
puesto que de todo ha hecho  
noble experiencia en mi pecho,  
en la primera ocasión,  
de valiente en lo restado,  
de galán en lo lucido,  
en el modo de entendido,  
no me ha de causar cuidado  
que diga suceso igual,  
que fuera notable mengua  
que echara una mala lengua  
tan buenas partes a mal.

Vanse. Salen don JUAN, don MANUEL, y un criado con  
luz

JUAN: ¡Acostaos, por mi vida!

MANUEL: Es tan poca la herida  
que antes, don Juan, sospecho  
que parece melindre el haber hecho  
casi ninguno de ella.

JUAN: Harta ventura ha sido de mi estrella;  
que no me consolara  
jamás, si este contento me costara  
el pesar de teneros  
en mi casa indispuerto, y el de veros  
herido por la mano  
--si bien no ha sido culpa--de mi hermano.

MANUEL: Él es buen caballero  
y me tiene envidioso de su acero,  
de su estilo admirado,  
y he de ser muy su amigo y su criado.

Sale don LUIS, y un criado con un azafate cubierto,  
y en él un aderezo de espada

LUIS: Yo, señor, lo soy vuestro  
como en la pena que recibo nuestro,  
ofreciéndoos mi vida;  
y porque el instrumento de la herida  
en mi poder no quede,  
pues ya agradarme ni servirme puede,  
bien como aquel criado  
que a su señor algún disgusto ha dado,  
hoy de mí le despido.  
Ésta es, señor, la espada que os ha herido.  
A vuestras plantas viene  
a pedir os perdón si culpa tiene.  
Tome vuestra querrela  
con ella en mi venganza de mí y de ella.

MANUEL: Sois valiente y discreto.  
En todo me vencéis. La espada aceto  
porque siempre a mi lado  
me enseñe a ser valiente. Confiado  
desde hoy vivir procuro  
porque, ¿de quién no vivirá seguro  
quien vuestro acero ciñe generoso?  
Que él solo me tuviera temeroso.

JUAN: Pues don Luis me ha enseñado  
a lo que estoy por huésped obligado,  
otro regalo quiero  
que recibáis de mí.

MANUEL:                                ¡Qué tarde espero  
pagar tantos favores!  
Los dos os competís en darme honores.

Sale COSME cargado de maletas y cojines

COSME:        Doscientos mil demonios  
de su furia infernal den testimonios,  
volviéndose inclementes  
doscientas mil serpientes  
que asiéndome de un vuelo  
den conmigo de patas en el cielo,  
del mandato oprimidos  
de Dios, por justos juicios compelidos,  
si vivir no quisiera, sin injurias  
en Galicia o Asturias  
antes que en esta corte.

MANUEL:        Reporta.

COSME:                El reportorio se reporte.

JUAN:                ¿Qué dices?

COSME:                Lo que digo,  
que es traidor quien da paso a su enemigo.

LUIS:                ¿Qué enemigo? Detente.

COSME:                El agua de una fuente y otra fuente.

MANUEL:                ¿De queso te inquietas?

COSME:                Venía de cojines y maletas  
por la calle cargado,  
y en una zanja de una fuente he dado,  
y así lo traigo todo  
--como dice el refrán--puesto de lodo.  
¿Quién esto en casa mete?

MANUEL:                Vete de aquí, que estás borracho. Vete.

COSME:                Si borracho estuviera  
menos mi enojo con el agua fuera.  
Cuando en un libro leo de mil fuentes  
que vuelven varias cosas sus corrientes,  
no me espanto si aquí ver determino  
que nace el agua a convertirse en vino.

MANUEL:                Si él empieza, en un año  
no acabará.

JUAN:                Él tiene humor extraño.

LUIS:                Solo de ti querría  
saber... Si sabes leer, como este día  
en el libro citado  
muestras, ¿por qué pediste tan pesado  
que una corta leyese? ¿Qué te apartas?

COSME: Porque sé leer en libros y no en cartas.  
LUIS: Está bien respondido.  
MANUEL: Que no hagáis caso de él, por Dios, os pido.  
Ya le iréis conociendo  
y sabréis que es burlón.  
COSME: Hacer pretendo  
de mis burlas alarde.  
Para alguna os convido.  
MANUEL: Pues no es tarde,  
Porque me importa, hoy quiero  
hacer una visita.  
JUAN: Yo os espero  
para cenar.  
MANUEL: Tú, Cosme, esas maletas  
abre y saca la ropa. No las metas.  
JUAN: Si quisieres cerrar, ésta es del cuarto  
la llave. Que aunque tengo  
llave maestra por si acaso vengo  
tarde, más que las dos, otra no tiene,  
ni otra puerta tampoco. Así conviene  
y en el cuarto le deja, y cada día  
vendrán [a] aderezarle.

Vanse y queda COSME

COSME: Hacienda mía,  
ven acá, que yo quiero  
visitarte primero  
porque ver determino  
cuanto habemos sisado en el camino;  
que como en las posadas  
no se hilan las cuentas tan delgadas  
como en casa, que vive en sus porfías,  
la cuenta y la razón por lacerías,  
hay mayor aparejo del provecho  
para meter la mano, no en mi pecho,  
sino en la bolsa ajena.

Abre una maleta y saca un bolsón

Topé la propia. Buena está y rebuena  
pues aquesta jornada  
subió doncella y se apeó preñada.  
Contallo quiero. Es tiempo perdido  
porque yo, que borregos he vendido

a mi señor, ¿para qué mire y vea  
si está cabal? ¡Que ello fuere sea!  
Su maleta es aquésta.  
Ropa quiero sacar por si se acuesta  
tan presto, que el mandó que hiciese esto.  
Mas porque él lo mandó, ¿se ha de hacer presto?  
Por haberlo mandado,  
antes no lo he de hacer, que soy criado.  
Salirme un rato es justo  
a rezar a una ermita. ¿Tendrás gusto  
de esto, Cosme? Tendré. Pues, Cosme, vamos;  
que antes son nuestros gustos que los amos.

Vase. Por una alacena que estará hecho con  
anaqueles y vidrios en ella, quitándose con goznes como  
que se desencaja, salen doña ÁNGELA e ISABEL

ISABEL: Que está el cuarto solo, dijo  
Rodrigo, porque el tal huésped  
y tus hermanos se fueron.

ÁNGELA: Por eso pude atreverme  
a hacer sólo esta experiencia.

ISABEL: ¿Ves que no hay inconveniente  
para pasar hasta aquí?

ÁNGELA: Antes, Isabel, parece  
que todo cuanto previne  
fue muy impertinente,  
pues con ninguno topamos;  
que la puerta fácilmente  
se abre y se vuelve a cerrar  
sin ser posible que se eche  
de ver.

ISABEL: ¿Y a qué hemos venido?

ÁNGELA: A volvernos solamente,  
que para hacer sola una  
travesura dos mujeres  
basta haberla imaginado,  
porque al fin esto no tiene  
más fundamento que haber  
hablado en ello dos veces  
y estar yo determinada,  
siendo verdad que es aqueste  
caballero el que por mí  
se empeñó osado y valiente  
--como te he dicho--a mirar  
por su regalo.

ISABEL: Aquí tiene

el que le trujo tu hermano,  
y una espada en un bufete.  
ÁNGELA: Ven acá, ¿mi escribanía  
trujeron aquí?  
ISABEL: Dio en ese  
desvarío mi señor.  
Dijo que aquí la pusiese  
con recado de escribir  
y mil libros diferentes.  
ÁNGELA: En el suelo hay dos maletas.  
ISABEL: ¡Y abiertas, señora! ¿Quieres  
que veamos qué hay en ellas?  
ÁNGELA: Sí, que quiero neciamente  
mirar qué ropa y alhajas  
trae.  
ISABEL: Soldado y pretendiente,  
vendrá muy mal alhajado.

Sacan todo cuanto van diciendo y todo lo esparcen  
por la sala

ÁNGELA: ¿Qué es esto?  
ISABEL: Muchos papeles.  
ÁNGELA: ¿Son de mujer?  
ISABEL: No, señora,  
sino procesos que vienen  
cosidos, y pesan mucho.  
ÁNGELA: Pues si fueran de mujeres,  
ellos fueran más livianos.  
Mal en eso te detienes.  
ISABEL: Ropa blanca hay aquí alguna.  
ÁNGELA: ¿Huele?  
ISABEL: Sí, a limpia huele.  
ÁNGELA: Ése es el mejor perfume.  
ISABEL: Las tres calidades tiene  
de blanca, blanda y delgada;  
mas, señora, ¿qué es aqueste  
pellejo con unos hierros  
de herramientas diferentes?  
ÁNGELA: Muestra a ver. Hasta aquí loza  
de sacamuelas parece.  
Mas estas son tenacillas  
y el alizador del copete.  
Y los bigotes esotras.  
ISABEL: Iten: escobilla y peine.  
Oye, que más prevenido

no le faltará al tal huésped  
la horma de su zapato.

ÁNGELA: ¿Por qué?

ISABEL: Porque aquí la tiene.

ÁNGELA: ¿Hay más?

ISABEL: Si, señora. Iten:  
como a forma de billetes  
legajo segundo.

ÁNGELA: Muestra.  
De mujer son y contienen  
más que papel. Un retrato  
está aquí.

ISABEL: ¿Qué te suspende?

ÁNGELA: El verle, que una hermosura,  
si está pintada, divierte.

ISABEL: Parece que te ha pesado  
de sacalle.

ÁNGELA: ¡Qué necia eres!  
No mires más.

ISABEL: ¿Y qué intentas?

ÁNGELA: Dejarle escrito un billete.  
Toma el retrato.

Pónese a escribir

ISABEL: Entretanto,  
la malta del sirviente  
he de ver. Esto es dinero.  
Cuartazos son insolentes;  
que en la república donde  
son los príncipes y reyes  
los doblones y los reales,  
ellos son la común plebe.  
Una burla le he de hacer  
y ha de ser de aquesta suerte:  
quitarle de aquí el dinero  
al tal lacayo, y ponerle  
unos carbones. Dirán--  
"¿Dónde demonios los tiene  
esta mujer?" No advirtiendo  
que esto sucedió en noviembre  
y que hay brasero en el cuarto.

ÁNGELA: Yo escribí. ¿Qué te parece  
a donde deje el papel  
porque, si mi hermano viene,  
no le vea?

ISABEL:                Así, debajo  
de la toalla que tienen  
las almohadas; que al quitarle  
se verá forzosamente  
y no es parte que hasta entonces  
se ha de andar.

ÁNGELA:                Muy bien adviertes.  
Ponle allí y ve recogiendo  
todo esto.

ISABEL:                Mira que tuercen  
la llave ya.

ÁNGELA:                Pues dejallo  
todo. Esté como estuviere  
y a escondernos, Isabel,  
ven.

ISABEL:                Alacena me fecit.

Vanse por el alacena y queda como estaba. Sale  
COSME

COSME:                Ya que me he servido a mí  
de barato quiero hacerle  
a mi amo otro servicio...  
mas, ¿quién nuestra hacienda vende  
que así hace almoneda de ella?  
¡Vive Cristo! ¡Que parece  
plazuela de la cebada  
su sala con nuestros bienes!  
¿Quién está aquí? No está nadie,  
por Dios, y si está no quiere  
responder. No me respondas  
que me huelgo de que eche  
de ver que soy enemigo  
de respondones. Con este  
humor, sea bueno o sea malo  
--si he de hablar discretamente--  
estoy temblando de miedo,  
pero como a mí de deje  
el revoltoso de alhajas  
libre mi dinero, llegue  
y revuelva las maletas  
una y cuatrocientas veces.  
Mas, ¿qué veo? ¡Vive Dios  
que en carbones lo convierte!  
Duendecillo, duendecillo,  
quienquiera que fuiste y eres,



el dinero que tú das  
en lo que mandares vuelve;  
mas lo que yo hurto, ¿por qué?

Salen don JUAN, don LUIS y don MANUEL

JUAN:       ¿De qué das voces?  
LUIS:               ¿Qué tienes?  
MANUEL:       ¿Qué te ha sucedido? Habla.  
COSME:       Lindo desenfado es ése  
              si tienes por inquilino,  
              señor, en tu casa un duende.  
              ¿Para qué nos recibiste  
              en ella? Un instante breve  
              que falté de aquí, la ropa  
              de tal modo y de tal suerte  
              hallé que toda esparcida  
              una almoneda parece.  
JUAN:       ¿Falta algo?  
COSME:       No falta nada,  
              el dinero solamente  
              que en esta bolsa tenía  
              que era mío, me convierte  
              en carbones.  
LUIS:               Sí, ya entiendo.  
MANUEL:       ¡Qué necia burla previene!  
              ¡Qué fría y qué sin donaire.  
JUAN:       ¡Qué mala y qué impertinente!  
COSME:       ¡No es burla ésta, vive Dios!  
MANUEL:       Calla, que estás como sueles.  
COSME:       Es verdad; mas suelo estar  
              en mi juicio algunas veces.  
JUAN:       Quedaos con Dios y acostaos,  
              don Manuel, sin que os desvele  
              el duende de la posada,  
              y aconsejalde que intente  
              otras burlas al criado.

Vase

LUIS:       No en vano sois tan valiente  
              como sois, si habéis de andar  
              desnuda la espada siempre  
              saliendo de los disgustos  
              en que este loco os pusiere.

Vase

MANUEL:       ¿Ves cuál me tratan por ti?

Todos por loco me tienen  
porque te sufro. A cualquiera  
parte que voy me suceden  
mil desaires por tu causa.

COSME:       Ya estás solo y no he de hacerte

burla mano a mano yo  
porque solo en tercio puede  
tirarse uno con su padre.  
Dos mil demonios me lleven  
si no es verdad que salí  
y esto, fuese quien se fuese,  
hizo este estrago.

MANUEL:       ¿Con eso

ahora disculparte quieres  
de la necedad? Recoge  
esto que esparcido tienes  
y entra a acostarme.

COSME:       Señor,

en una galera reme...

MANUEL:       Calla, calla o ¡vive Dios,

que la cabeza te quiebre.

COSME:       Pesaráme con extremo

que lo tal me sucediese.  
Ahora bien, va de envasar  
otra vez los adherentes  
de mis maletas. ¡Oh, cielos,  
quien en la trompeta tuviese  
del juicio de las alhajas,  
porque a una voz solamente  
viniesen todas!

MANUEL:       Alumbra,

Cosme.

COSME:       ¿Pues qué te sucede,

señor? ¿Has hallado acaso  
allá dentro alguna gente?

MANUEL:       Descubrí la cama, Cosme,

para acostarme, y halléme  
debajo de la toalla  
de la cama este billete  
cerrado. Y ya el sobrescrito  
me admira más.

COSME:       ¿A quién viene?

MANUEL: A mí, mas el modo extraño.

COSME: ¿Cómo dice?

MANUEL: Me suspende.

Lee

"Nadie me abra, porque soy  
de don Manuel solamente."

COSME: Plega a Dios que no me creas  
por fuerza. No le abras...¡tente!  
...sin conjurarle primero.

MANUEL: Cosme, lo que me suspende  
es la novedad no el miedo;  
que quien admira no teme.

Lee

"Con cuidado me tiene vuestra salud, como  
a quien fue la causa de su riesgo. Y así  
agradecida y lastimada os suplico me  
aviséis de ella y os sirváis de mí; que para  
lo uno y lo otro habrá ocasión, dejando la  
respuesta donde hallasteis ésta, advertido  
que el secreto importa porque el día que lo  
sepa alguno de los amigos, perderé yo el  
honor y la vida."

COSME: ¡Extraño caso!

MANUEL: ¿Que extraño?

COSME: ¿Eso no te admira?

MANUEL: No.

Antes con esto llegó  
a mi vida el desengaño.

COSME: ¿Cómo?

MANUEL: Bien claro se ve,  
que aquella dama tapada  
que tan ciega y tan turbada  
de don Luis huyendo fue  
era su dama. Supuesto,  
Cosme, que no puede ser,  
si es soltero, su mujer  
y dado por cierto esto,  
¿qué dificultad tendrá  
que en la casa de su amante  
tenga ella mano bastante

para entrar?

COSME:           Muy bien está  
                  pensado; mas mi temor  
                  pasa adelante. Confieso  
                  que es su dama y el suceso  
                  te doy por bueno, señor,  
                  pero ella, ¿cómo podía  
                  desde la calle saber  
                  lo que había de suceder  
                  para tener este día  
                  ya prevenido el papel?

MANUEL:        Después de haberme pasado  
                  pudo dárselo a un criado.

COSME:        Y, aún que se le diera, él,  
                  ¿cómo aquí ha de haberle puesto?  
                  Porque ninguno aquí entró  
                  desde que aquí quedé yo.

MANUEL:        Bien pudo ser antes esto.

COSME:        Sí, mas hallar trabucadas  
                  las maletas y la ropa  
                  y el papel escrito, topa  
                  en más.

MANUEL:        Mira si cerradas  
                  estas ventanas están.

COSME:        Y con aldabas y rejas.

MANUEL:        Con mayor duda me dejas  
                  y mil sospechas me dan.

COSME:        ¿De qué?

MANUEL:        No sabré explicallo.

COSME:        En efecto, ¿qué has de hacer?

MANUEL:        Escribir y responder  
                  pretendo hasta averiguallo,  
                  con estilo que parezca  
                  que no ha hallado en mi valor  
                  ni admiración ni temor;  
                  que no dudo que se ofrezca  
                  una ocasión en que demos,  
                  viendo que papeles hay,  
                  con quien los lleva y los trai.

COSME:        ¿Y de aquesto no daremos  
                  cuenta a los huéspedes?

MANUEL:        No,  
                  porque no tengo de hacer  
                  mal alguno a una mujer  
                  que así de mí se fió.

COSME:        Luego ya ofendes a quien  
                  su galán pienses.

MANUEL: No tal,  
pues sin hacerla a ella mal  
puedo yo proceder bien.

COSME: No señor. Más hay aquí  
de lo que a ti te parece.  
Con cada discurso crece  
mi sospecha.

MANUEL: ¿Cómo así?

COSME: Ves aquí que van y vienen  
papeles, y que jamás,  
aunque lo examines más,  
ciertos desengaños tienen.  
¿Qué creerás?

MANUEL: Que ingenio y arte  
hay para entrar y salir  
para cerrar, para abrir,  
y que el cuarto tiene parte  
por dónde. Y en duda tal  
el juicio podré perder  
pero no, Cosme, creer  
cosa sobrenatural.

COSME: ¿No hay duendes?

MANUEL: Nadie los vio.

COSME: ¿Familiares?

MANUEL: Son quimeras.

COSME: ¿Brujas?

MANUEL: Menos.

COSME: ¿Hechiceras?

MANUEL: ¡Qué error!

COSME: ¿Hay sucubos?

MANUEL: No.

COSME: ¿Encantadoras?

MANUEL: Tampoco.

COSME: ¿Mágicos?

MANUEL: Es necedad.

COSME: ¿Nigromantes?

MANUEL: Liviandad.

COSME: ¿Energúmenos?

MANUEL: ¡Qué loco!

COSME: ¡Vive Dios, que te cogí!  
¿Diablos?

MANUEL: Sin poder notorio.

COSME: ¿Hay almas de purgatorio?

MANUEL: ¿Que me enamoren a mí?  
¿Hay más necia bobería?  
Déjame, que estás cansado.

COSME: En fin, ¿qué has determinado?

MANUEL:        ¡Asistir de noche y día  
                  con cuidados singulares!  
Aquí el desengaño fundo.  
No creas que hay en el mundo  
ni duendes ni familiares.

COSME:         Pues yo en efecto presumo  
                  que algún demonio los trai;  
                  que esto y más habrá donde hay  
                  quien tome tabaco en humo.

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO  
ACTO SEGUNDO

Salen doña ÁNGELA,  
doña BEATRIZ e ISABEL

BEATRIZ:        Notables cosas me cuentas.

ÁNGELA:        No te parezcan notables  
                  hasta que sepas el fin  
                  en que quedamos.

BEATRIZ:        Quedaste  
                  en que por el alacena  
                  hasta su cuarto pasaste;  
                  que es tan difícil de verse  
                  como fue de abrirse fácil;  
                  que le escribiste un papel  
                  y que al otro día hallaste  
                  la respuesta.

ÁNGELA:        Digo, pues,  
                  que tan cortés y galante  
                  estilo no vi jamás,  
                  mezclando entre lo admirable  
                  del suceso lo gracioso,  
                  imitando los andantes  
                  caballeros a quien pasan  
                  aventuras semejantes.  
                  El papel, Beatriz, es éste.  
                  Hogaréme que te agrade.

Lee ÁNGELA

"Fermosa dueña, cualquier que vos seáis,

la condolida de este afanado caballero,  
y asaz piadosa minoráis sus cuitas, ruego  
vos me queráis facer sabidor del follón  
mezquino o pagano malandrín que en este  
encanto vos amancilla, para que segunda  
vegada en vueso nombre, sano yo de las  
pasadas feridas, entre en descomunal  
batalla; maguer que finque en ella, que  
non es la vida de más pro que la muerte  
tenudo a su deber un caballero. El dador  
de la luz vos mampare, e a mí non olvide.

El caballero de la dama duende

BEATRIZ: Buen estilo por mi vida,  
y a propósito el lenguaje  
del encanto y la aventura.

ÁNGELA: Cuando esperé que con graves  
admiraciones viniera  
el papel, vi semejante  
desenfado, cuyo estilo  
quise llevar adelante,  
y respondiéndole así,  
pasé.

ISABEL: Detente, no pases;  
aquí viene don Juan tu hermano.

ÁNGELA: Vendrá muy firme y amante  
a agradecerse la dicha  
de verte, Beatriz, y hablarte  
en su casa.

BEATRIZ: No me pesa,  
si hemos de decir verdades.

Sale don JUAN

JUAN: No hay mal que por bien no venga,  
dicen adagios vulgares  
y en mí se ve, pues que vienen  
por mis bienes vuestros males.  
He sabido, Beatriz bella,  
que un pesar que vuestro padre  
con vos tuvo, a nuestra casa  
sin gusto y contento os trae.  
Pésame que hayan de ser  
lisonjeros y agradables  
como para vos mis gustos

para mí vuestros pesares.  
Pues es fuerza que no sienta  
desdichas, que han sido parte  
de veros, porque hoy Amor  
diversos efectos hace  
en vos de pena y en mí  
de gloria, bien como el áspid  
de quien, si sale el veneno  
también la triaca sale.  
Vos seáis muy bien venida  
que, aunque es corto el hospedaje,  
bien se podrá hallar un sol  
en compañía de un ángel.

BEATRIZ: Pésames y parabienes  
tan cortesmente mezclasteis  
que no sé a qué responderos.  
Disgustada con mi padre  
vengo, la culpa tuvisteis  
pues, aunque el galán no sabe,  
sabe que por el balcón  
hablé a noche, y mientras pase  
el enojo, con mi prima  
quiere que esté, porque hace  
de su virtud confianza.  
Sólo os diré, y esto baste,  
que los disgustos estimo  
porque también en mí cause  
Amor diversos efectos.  
Bien como el sol cuando esparce  
bellos rayos, que una flor  
se marchita y otra nace.  
Hierre el Amor en mi pecho  
y es sólo un rayo bastante  
a que se muera el pesar  
y nazca el gusto de hallarme  
en vuestra casa que ha sido  
una esfera de diamante,  
hermosa envidia de un sol  
y capaz dosel de un ángel.

ÁNGELA: Bien se ve que de ganancia  
hoy andáis los dos amantes  
pues que me dais de barato  
tantos favores.

JUAN: ¿No sabes,  
hermana, lo que he pensado?  
Que tú sólo por vengarte  
del cuidado que te da



mi huésped, cuerda buscaste  
huéspedada que a mí me ponga  
en cuidado semejante.

ÁNGELA: Dices bien, y yo lo he hecho  
sólo porque la regales.

JUAN: Yo me doy por muy contento  
de la venganza.

BEATRIZ: ¿Qué haces,  
don Juan? ¿Dónde vas?

JUAN: Beatriz,  
es servirte, que dejarte  
sólo a ti por ti pudiera.

ÁNGELA: Déjale ir.

JUAN: Dios os guarde.

Vase

ÁNGELA: Sí, cuidado con su huésped  
me dio, y cuidado tan grande  
que apenas sé de mi vida  
y él de la suya no sabe.  
Viéndote a ti con el mismo  
cuidado, he de desquitarme  
porque de huésped a huésped  
estemos los dos iguales.

BEATRIZ: El deseo de saber  
tu suceso fuera parte  
solamente a no sentir  
su ausencia.

ÁNGELA: Por no cansarte,  
papeles suyos y míos  
fueron y vinieron tales,  
los suyos digo, que pueden  
admitirse y celebrarse;  
porque mezclando las veras  
y las burlas no vi iguales  
discursos.

BEATRIZ: Y él, en efecto,  
¿qué es a lo que se persuade?

ÁNGELA: A que debo de ser dama  
de don Luis, juntando partes  
de haberme escondido de él  
y de tener otra llave  
del cuarto.

BEATRIZ: Sola una cosa  
dificultad se me hace.

ÁNGELA: Di cuál es.

BEATRIZ: ¿Cómo este hombre,  
viendo que hay quien lleva y trae  
papeles, no te ha espiado  
y te ha cogido en el lance?

ÁNGELA: No está eso por prevenir  
porque tengo a sus umbrales  
un hombre yo que me avisa  
de quien entra y de quien sale.  
Y así no pasa Isabel  
hasta saber que no hay nadie.  
Que ya ha sucedido, amiga,  
un día entero quedarse  
un criado para verlo,  
y haberle salido en balde  
la diligencia y cuidado.  
Y porque no se me pase  
de la memoria...Isabel,  
llévate aquel azafate  
en siendo tiempo.

BEATRIZ: Otra duda...  
¿Cómo es posible que alabes  
de tan entendido un hombre  
que no ha dado en casos tales  
en el secreto común  
de la alacena?

ÁNGELA: Ahora sabes  
lo del huevo de Juanelo,  
que los ingenios más grandes  
trabajaron en hacer  
que en un bufete de jaspe  
se tuviese en pie, y Juanelo  
con sólo llegar y darle  
un golpecillo, le tuvo.  
Las grandes dificultades  
hasta saberse lo son;  
que sabido, todo es fácil.

BEATRIZ: Otra pregunta.

ÁNGELA: Di cuál.

BEATRIZ: De tan locos disparates,  
¿qué piensas sacar?

ÁNGELA: No sé.  
Dijérate que mostrarme  
agradecida y pasar  
mis penas y soledades  
si ya no fuera más que esto;  
porque, necia e ignorante,

he llegado a tener celos  
de ver que el retrato guarde  
de una dama. Y aún estoy  
dispuesta a entrar y tomarle  
en la primera ocasión,  
y no sé cómo declare;  
que estoy ya determinada  
a que me vea y me hable.

BEATRIZ: ¿Descubierta por quien eres?

ÁNGELA: ¡Jesús! ¡El cielo me guarde!

Ni él, pienso yo, que a un amigo  
y huésped traición tan grande  
hiciera. Pues a pensar  
que soy dama suya, hace  
escribirme temeroso,  
cortés, turbado y cobarde;  
y, en efecto, yo no tengo  
de exponerme a ese desaire.

BEATRIZ: Pues, ¿cómo ha de verte?

ÁNGELA: Escucha,

y sabrás la más notable  
traza, sin que yo al peligro  
de verme en su cuarto pase  
y él venga sin saber dónde.

ISABEL: Pon otro hermano a la margen  
que viene don Luis.

ÁNGELA: Después  
lo sabrás.

BEATRIZ: ¡Qué desiguales  
son los influjos! Que el cielo  
en igual mérito y partes  
ponga tantas diferencias,  
y tantas distancias halle,  
que con un mismo deseo  
uno obligue y otro canse.  
Vamos de aquí, que no quiero  
que don Luis llegue a hablarme.

Quiérese ir y sale don LUIS

LUIS: ¿Por qué os ausentáis así?

BEATRIZ: Sólo porque vos llegasteis.

LUIS: La luz más hermosa y pura  
de quien el sol la aprendió,  
¿huye porque llego yo?

¿Soy la noche por ventura?  
Pues perdone tu hermosura  
si atrevido y descortés  
en detenerte me ves;  
que yo en esta contingencia  
no quiero pedir licencia  
porque tú no me la des;  
    que, estimando tu rigor  
no quiere la suerte mía  
--que aun esto que es cortesía--  
tenga nombre de favor.  
Ya sé que mi loco amor  
en tus desprecios no alcanza  
un átomo de esperanza.  
Pero yo, viendo tan fuerte  
rigor, tengo de quererte  
por sólo tomar venganza.

    Mayor gloria me darás  
cuando más pena me ofrezcas;  
pues cuando más me aborrezcas  
tengo de quererte más.  
Si de esto quejosa estás,  
porque con sólo un querer  
los dos vengamos a ser  
entre el placer y el pesar  
extremos, aprende a amar  
o enseñarme a aborrecer.

    Enséñame tú rigores;  
yo te enseñaré finezas.  
Enséñame tú asperezas;  
yo te enseñaré favores.  
Tú desprecios y yo amores,  
tú olvido y yo firme sé;  
aunque es mejor, porque dé  
gloria al Amor, siendo dios,  
que olvides tú por los dos  
que yo por los dos querré.

BEATRIZ:       Tan cortesmente os quejáís  
que aunque agradecer quisiera  
vuestras penas, no lo hiciera  
sólo porque las digáis.

LUIS:        Como tan mal me tratáis,  
el idioma del desdén  
aprendí.

BEATRIZ:       Pues ése es bien  
que digáis, que en caso tal  
hará soledad le mal

a quien le dice también.

Detiéndela

LUIS: Oye, si acaso te vengas  
y padezcamos los dos.

BEATRIZ: No he de escucharos. ¡Por Dios,  
amiga, que le detengas.

Vase

ÁNGELA: ¿Que tan poco valor tengas  
que esto quieras oír y ver?

LUIS: Ay hermana, ¿qué he de hacer?

ÁNGELA: Dar tus penas al olvido;  
que querer aborrecido  
es morir y no querer.

Vase [ÁNGELA] con ISABEL

LUIS: Quejoso, ¿cómo podré  
olvidarla? ¡Que es error!  
Dile que me haga un favor  
y obligado olvidaré.  
Ofendido no, porque  
el más prudente, el más sabio,  
da su sentimiento al labio.  
Si olvidarse el favor suele,  
es porque el favor no duele  
de la suerte que el agravio.

Sale RODRIGO

RODRIGO: ¿De dónde vienes?

LUIS: No sé.

RODRIGO: Triste parece que estás.  
¿La causa no me dirás?

LUIS: Con doña Beatriz hablé.

RODRIGO: No digas más, ya se ve  
en ti lo que respondió.  
Pero, ¿dónde está? Que yo  
no la he visto.

LUIS: La tirana

es huésped de mi hermana  
unos días, porque no  
me falte un enfado así  
de un huésped; que cada día  
mis hermanos, a porfía,  
se conjuran contra mí.  
Pues cualquiera tiene aquí:  
uno que pesar me dé  
de don Manuel, ya se ve;  
y de Beatriz, pues los cielos  
me traen a casa mis celos  
porque sin ellos no esté.

RODRIGO: Mira que don Manuel puede  
oírte, que viene allí.

Sale don MANUEL

MANUEL: Sólo en el mundo por mí  
tan gran prodigio sucede.  
¿Qué haré, cielos, con que quede  
desengañado y saber  
de una vez si esta mujer  
de don Luis dama ha sido?  
¿O cómo mano ha tenido  
y cautela para hacer

tantos engaños?

LUIS: ¿Señor  
don Manuel?

MANUEL: ¿Señor don Luis?

LUIS: ¿De dónde bueno venís?

MANUEL: De palacio.

LUIS: Grande error  
el mío fue en preguntar,  
a quien pretensiones tiene,  
dónde va ni dónde viene  
porque es fuerza que ha de dar  
cualquiera línea en palacio  
como centro de su esfera.

MANUEL: Si solo a palacio fuera,  
estuviera más de espacio  
pero mi afán inmortal  
mayor término ha pedido.  
Su majestad ha salido  
esta tarde al Escorial  
y en fuerza esta noche ir

con mis despachos allá;  
que de importancia será.

LUIS: Si ayudadros a servir  
puedo en algo, ya sabéis  
que soy en cualquier suceso  
vuestro.

MANUEL: Las manos os beso  
por la merced que me hacéis.

LUIS: Ved que no es lisonja esto.

MANUEL: Ya veo, que es voluntad  
de mi aumento.

LUIS: Así es verdad.  
(porque negociéis más presto.) Aparte

MANUEL: Pero a un galán cortesano  
tanto como vos, no es justo  
divertirle de su gusto  
porque yo tengo por llano  
que estaréis entretenido  
y gran desacuerdo fuera  
que ausentaros pretendiera.

LUIS: Aunque hubiérades oído  
lo que con Rodrigo hablaba,  
no respondierais así.

MANUEL: Luego, ¿bien he dicho?

LUIS: Sí,  
que aunque es verdad que lloraba  
de una hermosura el rigor  
a la firme voluntad  
le hace tanta soledad  
el desdén como el favor.

MANUEL: ¡Qué desvalido os pintáis!

LUIS: Amo una grande hermosura,  
sin estrella y sin ventura.

MANUEL: ¿Conmigo disimuláis  
agora?

LUIS: ¡Pluguiera al cielo!  
Mas tan infeliz nací  
que huye esta beldad de mí  
como de la noche el velo,  
de la hermosa luz del día  
a cuyos rayos me quemo.  
¿Queréis ver con cuanto extremo  
es la triste suerte mía?  
Pues, porque no la siguiera,  
amante y celoso yo  
a una persona pidió  
que mis pasos detuviera.

Ved si hay rigores más fieros  
pues todos suelen buscar  
terceros para alcanzar,  
¿y ella huye por terceros?

Vase él y RODRIGO

MANUEL:           ¿Qué más se ha de declarar?  
¿Mujer que su vista huyó  
y a otra persona pidió  
que le llegase a estorbar?  
    Por mí lo dice y por ella.  
Ya por lo menos vencí  
una duda, pues ya vi  
que aunque es verdad que es aquélla,  
    no es su dama, porque él  
despreciado no viviera  
si en su casa la tuviera.  
Ya es mi duda más crüel.  
    Si no es su dama ni vive  
en su casa, ¿cómo así  
escribe y responde? Aquí  
muere un engaño y concibe  
    otro engaño. ¿Qué he de hacer?  
Que soy en mis opiniones  
confusión de confusiones.  
¡Válgate Dios por mujer!

Sale COSME

COSME:            Señor, ¿qué hay de dueño? ¿Acaso  
    hasle visto por acá?  
    Que de saber que no está  
    allá, me holgaré.

MANUEL:           Habla paso.

COSME:            Que tengo mucho que hacer  
    en nuestro cuarto y no puedo  
    entrar.

MANUEL:           ¿Pues, qué tienes?

COSME:            Miedo.

MANUEL:           ¿Miedo un hombre ha de tener?

COSME:            No le ha de tener, señor.

    Pero ve aquí que le tiene  
    porque al suceso conviene.

MANUEL:           Deja aqueste necio humor



y lleva luz, porque tengo  
de disponer de escribir  
y esta noche he de salir  
de Madrid.

COSME: A eso me atengo  
pues dices con eso aquí  
que tienes miedo al suceso.

MANUEL: Antes te he dicho con eso  
que no hago caso de ti.

Pues de otras cosas me acuerdo  
que son diferentes. Cuando  
en éstas me estás hablando,  
el tiempo, en efecto, pierdo.

En tanto que me despido  
de don Juan, ten luz.

Vase

COSME: Sí haré.

Luz al duende llevaré  
que es hora que sea servido  
y no esté a oscuras. Aquí  
ha de haber una cerilla  
en aquella lamparilla  
que está murmurando allí.

Encenderla agora puedo.  
¡Oh qué prevenido soy!  
Y entre éstas y esotras voy  
titiritando de miedo.

Vase y sale ISABEL por la alacena con una azafate  
cubierto

ISABEL: Fuera están, que así el criado  
me lo dijo. Ahora es tiempo  
de poner este azafate  
de ropa blanca en el puesto  
señalado. ¡Ay de mí, triste!  
Que como es de noche tengo  
con la grande oscuridad  
de mí misma asombro y miedo.  
¡Válgame Dios, que temblando  
estoy! El duende primero  
soy que se encomienda a Dios.  
No hallo el bufete. ¿Qué es esto?

Con la turbación y espanto  
perdí de la sala el tiento.  
No sé donde estoy ni hallo  
la mesa. ¿Qué he de hacer, cielos?  
Si no acertase a salir  
y me hallasen aquí dentro,  
dábamos con todo el caso  
al traste. Gran temor tengo,  
y más agora, que abrir  
la puerta del cuarto siento;  
y trae luz el que la abre.  
Aquí dio fin el suceso  
que ya ni puedo esconderme  
ni volver a salir puedo.

Sale COSME con luz

COSME: Duende mi señor, si acaso  
obligan los rendimientos  
a los duendes bien nacidos,  
humildemente le ruego  
que no se acuerde de mí  
en sus muchos embelecados,  
y esto por cuatro razones.  
La primera, yo me entiendo.

Va andando e ISABEL detrás de él  
huyendo de que no la vea

La segunda, usted lo sabe.  
La tercera, por aquello  
de que al buen entendedor.  
La cuarta, por estos versos.  
"Señor, dama duende, duélase de mí  
que soy niño y solo y nunca en tal me vi."

ISABEL: Ya con la luz he cobrado  
el tino del aposento,  
y él no me ha visto. Si aquí  
se la mato, será cierto  
que mientras la va a encender  
salir a mi cuarto puedo;  
que cuando sienta el ruido  
no me verá por lo menos  
y, a dos daños el menor.

COSME: ¿Qué gran músico es el miedo!

ISABEL: Esto ha de ser de esta suerte.

Dale un porrazo y mátales la luz

COSME: ¡Verbo caro fiteor Deo!

¡Que me han muerto!

ISABEL: Ahora podré  
escaparme.

Al querer huír ISABEL, sale don MANUEL

MANUEL: ¿Qué es aquesto?

Cosme, ¿cómo estás sin luz?

COSME: Como a los dos nos ha muerto  
la luz el duende de un soplo  
y a mí de un golpe.

MANUEL: Tu miedo  
te hará creer esas cosas.

COSME: Bien a mi costa las creo.

ISABEL: (¡Oh, si la puerta topase!) Aparte

MANUEL: ¿Quién está aquí?

Topa ISABEL con don MANUEL y él la tiene del  
azafate

ISABEL: (Peor es esto; Aparte  
que con el amo he encontrado.)

MANUEL: Trae luz, Cosme, que ya tengo  
a quién es.

COSME: Pues, no le sueltes.

MANUEL: No haré. Ve por ella presto.

COSME: Tenle bien.

Vase

ISABEL: (Del azafate Aparte  
asíó. En sus manos le dejo.  
Hallé la alacena. ¡Adiós!

Vase, y él tiene el azafate

MANUEL: Quienquiera que es, se está quedo

hasta que traigan la luz  
porque si no, ¡vive el cielo!,  
que le dé de puñaladas.  
Pero sólo abrazo el viento  
y topo sólo una cosa  
de ropa, y de poco peso.  
¿Qué será? ¡Válgame Dios!  
¡Que en más confusión me ha puesto!

Sale COSME con luz

COSME: Téngase el duende a la luz.  
Pues, ¿qué es de él? ¿No estaba preso?  
¿Qué se hizo? ¿Dónde está?  
¿Qué es esto, señor?

MANUEL: No acierto  
a responder. Esta ropa  
me ha dejado, y se fue huyendo.

COSME: ¿Y qué dices de este lance?  
Aún bien que agora tú mismo  
dijiste que le tenías  
y se te fue por el viento.

MANUEL: Diré que aquesta persona,  
que con arte y con ingenio  
entra y sale aquí, esta noche  
estaba encerrada dentro,  
que para poder salir  
te mató la luz y luego  
me dejó a mí el azafate  
y se me ha escapado huyendo.

COSME: ¿Por dónde?

MANUEL: Por esa puerta.

COSME: Harásme que pierda el seso.  
¡Vive Dios!, que yo le vi  
a los últimos reflejos  
que al pavesa dejó  
de la luz que me había muerto.

MANUEL: ¿Qué forma tenía?

COSME: Era un fraile  
tamañito, y tenía puesto  
un cucurucho tamaño  
que por estas señas creo  
que era duende capuchino.

MANUEL: ¡Qué de cosas hace el miedo!  
Alumbra aquí y lo que trujo  
el frailecito veremos.

Ten este azafate tú.

COSME: ¿Yo? ¿Azafates del infierno?

MANUEL: Tenle pues.

COSME: Tengo las manos  
sucias, señor, con el sebo  
de la vela, y mancharé  
el tafetán, que cubierto  
le tiene. Mejor será  
que le pongas en el suelo.

MANUEL: Ropa blanca es, y un papel.  
Veamos si el fraile es discreto.

Lee

"En el poco tiempo que ha que vivís en esta casa, no se ha podido hacer más ropa. Como se fuere haciendo, se irá llevando. A lo que decís del amigo, persuadido a que soy dama de don Luis, os aseguro que no sólo [no] lo soy, pero que no puedo serlo. Y esto dejo para la vista, que será presto. Dios os guarde."

Bautizado está este duende  
pues de Dios se acuerda.

COSME: ¿Veslo?  
¿Cómo hay duende religioso?

MANUEL: Muy tarde es. Ve componiendo  
las maletas y cojines  
y en una bolsa pon estos

Dale unos papeles

papeles, que son el todo  
a que vamos, que yo intento  
en tanto dejar respuesta  
a mi duende.

Pónelos sobre una silla y don MANUEL  
escribe

COSME: Aquí los quiero,  
para que no se me olviden  
y estén a mano, ponerlos

mientras me detengo un rato  
solamente a decir esto.

¿Has creído ya que hay duendes?

MANUEL: ¡Qué disparate tan necio!

COSME: ¿Esto es disparate? ¿Ves  
tú mismo tantos efectos  
como venirse a tus manos  
un regalo por el viento,  
y aún dudas? Pero bien haces  
si a ti te va bien con eso;  
mas déjame a mí que yo,  
que peor partido tengo,  
lo crea.

MANUEL: ¿De qué manera?

COSME: De esta manera lo pruebo.

Si nos revuelven la ropa,  
te ríes mucho de verlo,  
y yo soy quien la compone  
que no es trabajo pequeño.  
Si a ti te dejan papeles  
y te llevan dos conceptos,  
a mí me dejan carbones  
y se llevan mi dinero.  
Si traen dulces, tu te huelgas  
como un padre de comerlos  
y yo ayuno como un puto  
pues ni los toco ni veo.  
Si a ti te dan las camisas,  
las valonas y pañuelos,  
a mí los sustos me dan  
de escucharlo y de saberlo.  
Si, cuando los dos venimos  
aquí casi a un mismo tiempo,  
te dan a ti un azafate  
tan aseado y compuesto,  
a mí me da un mojicón  
en aquestos pestorejos  
tan descomunal y grande  
que me hace escupir los sesos.  
Para ti sólo, señor,  
es el gusto y el provecho,  
para mí el susto y el daño;  
y tiene el duende en efecto  
para ti mano de lana,  
para mí mano de hierro.  
Pues, déjame que lo crea,  
que se apura el sufrimiento,

queriendo negarle a un hombre  
lo que está pasando y viendo.

MANUEL: Has las maletas y vamos;  
que allá en el cuarto te espero  
de don Juan.

COSME: Pues, ¿qué hay que hacer,  
si allá vestido de negro  
has de andar, y esto se hace  
con tomar un herreruelo?

MANUEL: Deja cerrado y la llave  
lleva, que si en este tiempo  
hiciera falta, otra tiene  
don Juan. Confuso me ausento  
por no llevar ya sabido  
esto que ha de ser tan presto;  
pero no importa al honor  
de mi casa y de mi aumento,  
y otro solamente a un gusto,  
y así entre los dos extremos  
donde el honor es lo más,  
todo lo demás en menos.

Vanse. Salen doña ÁNGELA,  
doña BEATRIZ e ISABEL

ÁNGELA: ¿Eso te ha sucedido?

ISABEL: Ya todo el embeleco vi perdido  
porque si allí me viera  
fuerza, señora, fuera  
el descubrirse todo,  
pero en efecto me escapé del modo  
que te dije.

ÁNGELA: Fue extraño  
suceso.

BEATRIZ: Y ha de dar fuerza al engaño.  
¡Sin haber visto gente  
ver que dé un azafate y que se ausente.

ÁNGELA: Si tras de esto consigo  
que me vea del modo que te digo,  
no dudo de que pierda  
el juicio.

BEATRIZ: La atención más grave y cuerda  
es fuerza que se espante,  
Ángela, con suceso semejante.  
Porque querer llamarle  
sin saber dónde viene y que se halle

luego con una dama  
tan hermosa, tan rica y de tal fama  
sin que sepa quién es, ni dónde vive,  
--que esto es lo que tu ingenio se apercibe--  
y haya tapado y ciego  
de volver a salir y dudar luego,  
¿a quién no ha de admirar?

ÁNGELA:                                 Todo advertido  
está ya, y por estar tú aquí no ha sido  
hoy la noche primera,  
que ha de venir a verme.

BEATRIZ:                                 ¿No supiera  
yo callar el suceso  
de tu amor?

ÁNGELA:                                 Que no prima, no es por eso,  
sino que estando en casa  
tú, como a mis hermanos les abraza  
tu amor, no salen de ella,  
adorando los rayos de tu estrella,  
y fuera aventurarme  
no ausentándose ellos, empeñarme.

Sale don LUIS al paño

LUIS:            ¡Oh cielos! ¿Quién pudiera  
disimular su afecto? ¿Quién pusiera  
límite al pensamiento,  
freno a la voz, y ley al sentimiento?  
Pero ya que conmigo  
tan poco puedo que esto no consigo,  
desde aquí he de ensayarme  
a vencer mi pasión, y reportarme.

BEATRIZ:        Yo diré de que suerte  
se podrá disponer, para no hacerte  
mal tercio y para hallarme  
aquí, porque sintiera el ausentarme  
sin que el efecto viera  
que deseo.

ÁNGELA:                 Pues di, ¿de qué manera?

LUIS:            ¿Qué es lo que las dos tratan  
que de su mismo aliento se recatan?

BEATRIZ:        Las dos publicaremos  
que mi padre envió por mí, y haremos  
la deshecha con modos  
que, poniéndome ya por ida todos,  
vuelva a quedarme en casa.



LUIS: ¿Qué es esto, cielos? ¡Que en mi agravios pasa!

BEATRIZ: Y oculta con secreto  
sin estorbos podré ver el efecto...

LUIS: ¿Qué es esto, cielo injusto?

BEATRIZ: ...que ha de ser para mí de tanto gusto.

ÁNGELA: Y luego, ¿qué diremos  
de verte aquí otra vez?

BEATRIZ: Pues, ¿no tendremos  
--qué mal eso te admira--  
ingenio para hacer otra mentira?

LUIS: Sí, tendréis. ¿Qué esto escucho?  
Con nuevas penas y tormentos lucho.

BEATRIZ: Con esto, sin testigos y en secreto  
de este notable amor veré el efecto,  
pues estando escondida  
yo, y estando la casa recogida,  
sin escándalo arguyo  
que pasar pueda de su cuarto al tuyo.

LUIS: Bien claramente infiero  
--cobarde vivo y atrevido muero--  
su intención. Más dichoso  
mi hermano la merece. Estoy celoso.  
A darle se prefiere  
la ocasión que desea, y así quiere  
que de su cuarto pase  
sin que nadie lo sepa, y yo me abraza.  
Y porque sin testigos  
se logren --¡oh, enemigos!--  
mintiendo mi sospecha,  
quiere hacer conmigo la deshecha.  
Pues si esto es así, cielo,  
para el estorbo de su amor apelo.  
Y cuando esté escondida,  
buscando otra ocasión, con atrevida  
resolución veré toda la casa  
hasta hallarla, que el fuego que me abrasa  
ya no tiene otro medio;  
que el estorbar es último remedio  
de un celoso. Valedme, santos cielos,  
que abrasado de amor, muero de celos.

Vase

ÁNGELA: Está bien prevenido  
y mañana diremos que te has ido.

Sale don JUAN

JUAN: ¿Hermana, Beatriz bella?

BEATRIZ: Ya te echábamos menos.

JUAN: ¿Si mi estrella  
tantas dichas mejora  
que me eche menos vuestro sol, señora?  
De mí mismo envidioso  
tendré mi mismo bien por sospechoso;  
que posible no ha sido  
que os haya merecido  
mi amor ese cuidado,  
y así de mí envidioso y envidiado  
tendré en tan dulce abismo  
yo lástima, y envidia de mí mismo.

BEATRIZ: Contradecir no quiero  
argumento, don Juan, tan lisonjero  
que quien ha dilatado  
tanto el venirme a ver y me ha olvidado,  
¿quién duda que estaría  
bien divertido? Sí, y allí tendría  
envidia a su ventura  
y lástima, perdiendo la hermosura  
que tanto le divierte.  
Luego, claro se prueba de esta suerte,  
con cierto silogismo,  
la lástima y envidia de sí mismo.

JUAN: Si no fuera ofenderme y ofenderos,  
intentara, Beatriz, satisfaceros  
con deciros que he estado  
con don Manuel, mi huésped, ocupado,  
agora en su partida  
porque se fue esta noche.

ÁNGELA: ¡Ay de mi vida!

JUAN: ¿De qué, hermana, es el susto?

ÁNGELA: Sobresalta un placer como un disgusto.

JUAN: Pésame que no sea  
placer cumplido el que tu pecho vea.  
Pues, volverá mañana.

ÁNGELA: (Vuelva a vivir una esperanza vana.) Aparte  
Ya yo me había espantado  
que tan de paso nos venía el enfado  
que fue siempre importuno.

JUAN: Yo no sospecho que te dé ninguno,  
sino que tú y don Luis mostráis disgusto  
por ser cosa en que yo he tenido gusto.

ÁNGELA: No quiero responderte

aunque tengo bien qué, y es por no hacerte  
mal juego siendo agora  
tercero de tu amor, pues nadie ignora  
que ejerce Amor las flores de fullero,  
mano a mano, mejor que con tercero.

[Aparte a ISABEL]

Vente, Isabel, conmigo  
que aquesta noche misma a traer me obligo  
el retrato, pues puedo  
pasar con más espacio y menos miedo.  
Tenme tú prevenida  
una luz, y en que pueda ir escondida,  
porque no ha de tener contra mi fama  
quien me escribe, retrato de otra dama.

Vanse

BEATRIZ: No creo que te debo  
tantas finezas.

JUAN: Los quilates pruebo  
en su fe, porque es mucha,  
en un discurso.

BEATRIZ: Dile.

JUAN: Atiende, escucha.

Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera,  
mi amor tan firme, mi afición tan rara,  
que, aunque yo no quererte deseara,  
contra mi mismo afecto te quisiera.

Estímate mi vida de manera  
que, a poder olvidarte, te olvidara  
porque después por elección te amara.  
Fuera gusto mi amor y no ley fuera.

Quien quiere a una mujer, porque no puede  
olvidalla, no obliga con querella  
pues nada el albedrío la concede.

Yo no puede olvidarte, Beatriz bella,  
y siento el ver que tan ufana quede  
con la victoria de tu amor mi estrella.

BEATRIZ: Si la elección se debe al albedrío,  
y la fuerza al impulso de una estrella,  
voluntad más segura será aquella

que no viva sujeta a un desvarío.

Y así de tus finezas desconfío,  
pues mi fe, que imposible atropella,  
si viera a mi albedrío andar sin ella,  
negara, ¡vive el cielo!, que era mío.

Pues aquel breve instante que gastara  
en olvidar para volver a amarte  
sintiera que mi afecto me faltara.

Y huélgome de ver que no soy parte  
para olvidarte, pues que no te amara  
el rato que tratara de olvidarte.

Vanse y sale don MANUEL tras COSME que viene  
huyendo

MANUEL:            ¡Vive Dios! Si no mirara...

COSME:            Por eso miras.

MANUEL:            ...que fuera  
                         infamia mía, que hiciera  
                         un desatino.

COSME:            Repara  
                         en que te he servido bien,  
                         y un descuido no está en mano  
                         de un católico cristiano.

MANUEL:            ¿Quién ha de sufrirte? ¿Quién?  
                         Si lo que más importó  
                         y lo que más te he encargado  
                         es lo que más se ha olvidado.

COSME:            Pues por eso se olvidó,  
                         por ser lo que me importaba;  
                         que si importante no fuera,  
                         en olvidarse, ¿qué hiciera?  
                         ¡Viven los cielos! Que estaba  
                         tan cuidadoso en traer  
                         los papeles, que por eso  
                         los puse aparte, y confieso  
                         que el cuidado vino a ser  
                         el mismo que me dañó;  
                         pues si aparte no estuvieran  
                         con los demás se vinieran.

MANUEL:            Harto es que se te acordó  
                         en la mitad del camino.

COSME:            Un gran cuidado llevaba  
                         sin saber qué le causaba;  
                         que le juzgué a desatino,  
                         hasta que en el caso di

y supe que era el cuidado  
el haberseme olvidado  
los papeles.

MANUEL:               Di que allí  
                          el mozo espere teniendo  
                          las mulas, porque también  
                          llegar con ruido no es bien,  
                          despertando a quien durmiendo  
                          está ya; pues puedo entrar  
                          supuesto que llave tengo  
                          y el despacho por quien vengo  
                          sin ser sentido sacar.

COSME:               Ya el mozo queda advertido;  
                          mas considera, señor,  
                          que sin luz es grande error  
                          querer hallaros, y el ruido  
                          excusarse no es posible  
                          porque si luz no nos dan,  
                          en el cuarto de don Juan,  
                          ¿cómo hemos de ver?

MANUEL:               Terrible  
                          es tu enfado. ¿Agora quieres  
                          que le alborote y le llame?  
                          Pues, ¿no sabrás--Dime, infame,  
                          que causa de todo eres--  
                          por el tiento, dónde fue  
                          donde quedaron?

COSME:               No es ésa  
                          la duda; que yo a la mesa  
                          donde sé que los dejé  
                          iré a ciegas.

MANUEL:               Abre presto.

COSME:               Lo que a mi temor responde  
                          es que no sabré yo adonde  
                          el duende los habrá puesto,  
                          porque ¿qué cosa he dejado  
                          que haya vuelto a hallarlo yo  
                          en la parte que quedó?

MANUEL:               Si lo hubiere mudado,  
                          luz entonces pediremos;  
                          pero hasta verlo, no es bien  
                          que alborotemos a quien  
                          buen hospedaje debemos.

Vanse y salen por la alacena doña  
ÁNGELA e ISABEL

ÁNGELA: Isabel, pues recogida  
está la casa y es dueño  
de los sentidos el sueño,  
ladrón de la media vida,  
y sé que el huésped se ha ido,  
robarle el retrato quiero  
que vi en el lance primero.

ISABEL: Entra quedo, y no hagas ruido.

ÁNGELA: Cierra tú por allá fuera  
y hasta venirme a avisar  
no saldré yo, por no dar  
en más riesgo.

ISABEL: Aquí me espera.

Vase ISABEL, cierra la alacena y salen, como a  
oscuras, don MANUEL y COSME

COSME: Ya está abierto.

MANUEL: Pisa quedo,  
que si aquí sienten rumor  
será alboroto mayor.

COSME: ¿Creerásme que tengo miedo?  
Este duende bien pudiera  
teneros luz encendida.

ÁNGELA: La luz que truje escondida,  
porque de aquesta manera  
no se viese, es tiempo ya  
de descubrir.

Ellos están apartados y ella saca una luz de  
una linterna que trae cubierta

COSME: Nunca ha andado  
el duende tan bien mandado.  
¡Qué presto la luz nos da!  
Considera agora aquí  
si te quiere bien el duende  
pues que para ti la enciende  
y la apaga para mí.

MANUEL: ¡Válgame el cielo! Ya es  
esto sobre natural;  
que traer con prisa tal  
luz, no es obra humana.

COSME: ¿Ves

como a confesar viniste  
que es verdad?

MANUEL:                    ¡De mármol soy!  
                                  Por volverme atrás estoy.

COSME:            Mortal eres. Ya temiste.

ÁNGELA:            Hacia aquí la mesa veo  
                                  y con papeles está.

COSME:            Hacia la mesa se va.

MANUEL:            ¡Vive Dios! Que dudo y creo  
                                  una admiración tan nueva.

COSME:            ¿Ves como nos va guiando  
                                  lo que venimos buscando,  
                                  sin que veamos quién la lleva?

[Doña ÁNGELA] saca la luz de la  
linterna, pónela en un candelero que habrá en la  
mesa, y toma una silla y siéntase de espaldas a los  
dos

ÁNGELA:            Pongo aquí la luz y agora  
                                  la escribanía verá.

MANUEL:            Aguarda, que a los reflejos  
                                  de la luz todo se ve,  
                                  y no vi en toda mi vida  
                                  tan soberana mujer.  
                                  ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
                                  Hidras a mi parecer  
                                  son los prodigios, pues de uno  
                                  nacen mil. Cielos, ¿qué haré?

COSME:            De espacio lo va tomando,  
                                  silla arrastra.

MANUEL:            Imagen es  
                                  de la más rara beldad  
                                  que el soberano pincel  
                                  ha obrado.

COSME:            Así es verdad  
                                  porque sólo la hizo Él.

MANUEL:            Mas que la luz resplandecen  
                                  sus ojos.

COSME:            Lo cierto es  
                                  que son sus ojos luceros  
                                  del cielo de Lucifer.

MANUEL:            Cada cabellos es un rayo  
                                  del sol.

COSME:            Hurtáronlos de él.

MANUEL:            Una estrella es cada rizo.

COSME: Sí será, porque también  
se las trujeron acá  
o una parte de las tres.

MANUEL: No vi más rara hermosura.

COSME: No dijeras eso, a fe,  
si el pie la vieras, porque estos  
son malditos por el pie.

MANUEL: Un asombro de belleza,  
un ángel hermoso es.

COSME: Es verdad, pero patudo.

MANUEL: ¿Qué es eso que querrá hacer  
con mis papeles?

COSME: Yo apuesto  
que querrá mirar y ver  
los que buscas, porque aquí  
tengamos menos que hacer;  
que es duende muy servicial.

MANUEL: ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?  
Nunca me he visto cobarde  
sino sola aquesta vez.

COSME: Yo sí, muchas.

MANUEL: Y calzado  
de prisión de hielo el pie,  
tengo el cabello erizado,  
y cada suspiro es  
para mi pecho un puñal,  
para mi cuello un cordel.  
Mas, ¿yo he de tener temor?  
¡Vive el cielo! Que he de ver  
si sé vencer un encanto.

Llega [don MANUEL] y ásela

Ángel, demonio o mujer,  
a fe que no has de librarte  
de mis manos esta vez.

ÁNGELA: (¡Ay, infelice de mí! Aparte  
Fingida su ausencia fue.  
¡Más ha sabido que yo!)

COSME: De parte de Dios--¡aquí es  
Troya del diablo--nos di...

ÁNGELA: (Mas yo disimularé.) Aparte

COSME: ...quién eres. ¿Y qué nos quieres?

ÁNGELA: Generoso don Manuel  
Enríquez, a quien está  
guardado un inmenso bien,



no me toques, no me llegues  
que llegarás a perder  
la mayor dicha que el cielo  
te previno por merced  
del hado, que te apadrina  
por decreto de su ley.  
Yo te escribí aquesta tarde  
en el último papel  
que nos veríamos presto,  
y anteviendo aquesto fue.  
Y pues cumplí mi palabra,  
supuesto que ya me ves,  
en la más humana forma  
que he podido elegir. Ve  
en paz, y déjame aquí,  
porque aún cumplido nos es  
el tiempo en que mis sucesos  
has de alcanzar y saber.  
Mañana los sabrás todos  
y mira que a nadie des  
parte de esto si no quieres  
una gran suerte perder.  
Ve en paz.

COSME:                   Pues con la paz  
nos convida, señor, ¿qué  
esperamos?

MANUEL:                ¡Vive Dios!  
¿Qué corrido de temer  
vanos asombros estoy!  
Y puesto que no los cree  
mi valor, he de apurar  
todo el caso de una vez.  
Mujer, quienquiera que seas  
--que no tengo de creer  
que eres otra cosa nunca--  
¡vive Dios!, que he de saber  
quién eres, cómo has entrado  
aquí, con qué fin, y a qué.  
Sin esperar a mañana  
esta dicha gozaré.  
Si demonio, por demonio;  
y si mujer, por mujer;  
que a mi esfuerzo no le da  
qué recelar ni temer  
tu amenaza cuando fueras  
demonio... Aunque yo bien sé  
que, teniendo cuerpo tú,

demonio no puede ser  
sino mujer.

COSME: Todo es uno.

ÁNGELA: No me toques, que a perder  
echas una dicha.

COSME: Dice  
el señor diablo muy bien.  
No la toques, pues no ha sido  
arpa, laúd ni rabel.

MANUEL: Si eres espíritu, agora  
con la espada lo veré  
pues aunque te hiera aquí  
no ha de poderte ofender.

ÁNGELA: ¡Ay de mí! Detén la espada.  
Sangriento el brazo detén.  
Que no es bien que des la muerte  
a una infelice mujer.  
Yo confieso que lo fui  
y, aunque es delito el querer,  
no delito que merezca  
morir mal por querer bien.  
No manches, pues, no desdore  
con mi sangre el rosciler  
de ese acero.

MANUEL: Di, ¿quién eres?

ÁNGELA: Fuerza el decirlo ha de ser,  
porque no puedo llevar  
tan al fin como pensé  
este amor, este deseo,  
esta verdad, y esta fe.  
Pero estamos a peligro,  
si nos oyen o nos ven,  
de la muerte porque soy  
mucho más de lo que ves.  
Y así es fuerza, por quitar  
estorbos que puede haber,  
cerrar, señor, esa puerta  
y aun la del portal también  
porque no puedan ver luz  
si acaso vienen a ver  
quién anda aquí.

MANUEL: Alumbra, Cosme.  
Cerremos las puertas. ¿Ves  
como es mujer y no duende?

COSME: ¿Yo no lo dije también?

Vanse los dos

ÁNGELA: Cerrada estoy por de fuera.  
Ya, cielos, fuerza ha de ser  
decir la verdad, supuesto  
que me ha cerrado Isabel  
y que el huésped me ha cogido  
aquí.

Sale ISABEL a la alacena

ISABEL: ¡Ce, señora, ce!  
Tu hermano por ti pregunta.

ÁNGELA: Bien sucede. Echa el cancel  
de la alacena. ¡Ay, Amor,  
la duda se queda en pie!

Vanse y cierran la alacena y vuelva[n] a salir don  
MANUEL y COSME

MANUEL: Ya están cerradas las puertas.  
Proseguid, señora, haced  
relación. Pero, ¿qué es esto?  
¿Dónde está?

COSME: Pues yo, ¿qué sé?

MANUEL: ¿Si se ha entrado en el alcoba?  
Ve adelante.

COSME: Yendo a pie  
es, señor, descortesía  
ir yo delante.

MANUEL: Veré  
todo el cuarto. Suelta digo.

Tome la luz

COSME: Digo que suelto.

MANUEL: Crüel  
es mi suerte.

COSME: Aun bien, que agora  
por la puerta no se fue.

MANUEL: Pues, ¿por dónde pudo irse?

COSME: Eso no alcanzo yo. ¿Ves?  
Siempre te lo he dicho yo  
como es diablo y no mujer.

MANUEL:        ¡Vive Dios!, que he de mirar  
                 todo este cuarto, hasta ver  
                 si debajo de los cuadros  
                 rota está alguna pared,  
                 si encubren estas alfombras  
                 alguna cueva, y también  
                 la bobedillas del techo.

COSME:        Solamente aquí se ve  
                 esta alacena.

MANUEL:        Por ella  
                 no hay que dudar ni temer,  
                 siempre compuesta de vidrios.  
                 A mirar lo demás ven.

COSME:        Yo no soy nada mirón.

MANUEL:        Pues no tengo de creer  
                 que es fantástica su forma,  
                 puesto que llego a temer  
                 la muerte.

COSME:        También llegó  
                 a adivinar y saber  
                 que a sólo verla esta noche  
                 habíamos de volver.

MANUEL:        Como sombra se mostró,  
                 fantástica su luz fue.  
                 Pero como cosa humana  
                 se dejó tocar y ver.  
                 Como mortal se temió,  
                 receló como mujer,  
                 como ilusión se deshizo,  
                 como fantasma se fue.  
                 Si doy la rienda al discurso,  
                 no sé, vive Dios, no sé  
                 ni qué tengo de dudar  
                 ni qué tengo de creer.

COSME:        Yo sí.

MANUEL:        ¿Qué?

COSME:        Que es mujer diablo.  
                 Pues que novedad no es,  
                 pues la mujer es demonio  
                 todo el año, que una vez  
                 por desquitarse de tantas  
                 sea el demonio mujer.

Vanse

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

## TERCERA JORNADA

Sale don MANUEL como a oscuras, guiándole  
ISABEL

ISABEL:       Espérame en esta sala,  
                  luego saldrá a verte aquí  
                  mi señora.

Vase como cerrando

MANUEL:        No está mala  
                  la tramoya. ¿Cerró? Sí.  
                  ¿Qué pena a mi pena iguala?  
                  Yo volví del Escorial  
                  y este encanto peregrino,  
                  este pasmo celestial,  
                  que a traerme la luz vino  
                  y me deja en duda igual,  
                  me tiene escrito un papel  
                  diciendo muy tierna en él,  
                  "Si vos atrevéis a venir  
                  a verme, habéis de salir  
                  esta noche, con aquel  
                  criado que os acompaña.  
                  Dos hombres esperarán  
                  en el cementerio--¡extraña  
                  parte!--de San Sebastián,  
                  y una silla." Y no me engaña.  
                  En ella entré y discurrí  
                  hasta que el tino perdí  
                  y, al fin, a un portal de horror  
                  lleno de sombra y temor,  
                  solo y a oscuras salí.  
                  Aquí llegó una mujer  
                  --al oír y al parecer--  
                  y a oscuras y por el tiento  
                  de aposento en aposento  
                  sin oír, hablar, ni ver,  
                  me guió. Pero ya veo  
                  luz, por el resquicio es  
                  de una puerta. Tu deseo  
                  lograste, Amor, pues ya ves  
                  la dama. Aventuras leo.

Acecha

¡Qué casa tan alhajada!  
¡Qué mujeres tan lucidas!  
¡Qué sala tan adornada!  
¡Qué damas tan bien prendidas!  
¡Qué beldad tan extremada!

Salen todas las mujeres con toallas, conservas y agua y, haciendo reverencias todas, salen doña Angela [y doña BEATRIZ] ricamente vestida[s]

ÁNGELA:       Pues presumen que eres ida  
a tu casa mis hermanos,  
quedándote aquí escondida,  
los celos serán vanos  
porque una vez recogida,  
ya no habrá que temer nada.

BEATRIZ:       ¿Y qué ha de ser mi papel?

ÁNGELA:       Agora el de mi criada,  
luego el de ver retirada  
lo que pasa con él.

[A don MANUEL]

¿Estaréis muy disgustado  
de esperarme?

MANUEL:       No, señora,  
que quien espera al aurora,  
bien sabe que su cuidado  
en la sombras sepultado  
de la noche oscura y fría  
ha de tener; y así hacía  
gusto el pesar que pasaba  
pues cuanto más se alargaba,  
tanto más llamaba al día.

Si bien no era menester  
pasar noche tan oscura  
si el sol de vuestra hermosura  
me había de amanecer;  
que, para resplandecer,  
vos soberano arrebol,  
la sombra ni el tornasol  
de la noche no os había

de estorbar, que sois el día  
que amanece sin el sol.

Huye la noche, señora,  
y pasa a la dulce salva  
[.....el alba;]  
que ilumina mas no dora  
después el alba. La aurora,  
de rayos y luz escasa,  
dora más no abrasa. Pasa  
la aurora, y tras su arrebol  
pasa el sol, y sólo el sol  
dora, ilumina y abrasa.

El alba para brillar  
quiso a la noche seguir.  
La aurora para lucir  
al alba quiso imitar.  
El sol, deidad singular,  
a la aurora desafía.  
Vos al sol. Luego, la fría  
noche no era menester  
si podéis amanecer  
sol del sol después del día.

ÁNGELA: Aunque agradecer debiera  
discurso tan cortesano,  
quejarme quiero, no en vano,  
de ofensa tan lisonjera.  
Pues, no siendo ésta la esfera  
a cuyo noble ardimiento  
fatigas padece el viento  
sino un albergue piadoso,  
os viene a hacer sospechoso  
el mismo encarecimiento.

No soy alba, pues la risa  
me falta en contento tanto,  
ni aurora, pues que mi llanto  
de mi dolor nos avisa.  
No soy sol, pues no divisa  
mi luz la verdad que adoro,  
y así lo que soy ignoro;  
que sólo sé que no soy  
alba, aurora o sol, pues hoy  
ni alumbro, río, ni lloro.

Y así os ruego que digáis,  
señor don Manuel, de mí  
que una mujer soy, y fui  
a quien vos sólo obligáis  
al extremo que miráis.

MANUEL:       Muy poco debe de ser  
                  pues, aunque me llego a ver  
                  aquí, os pudiera argüir  
                  que tengo más que sentir,  
                  señora, que agradecer.

                  Y así me doy por sentido.

ÁNGELA:       ¿Vos de mí sentido?

MANUEL:       Sí,  
                  pues que no fiáis de mí  
                  quién sois.

ÁNGELA:       Solamente os pido  
                  que eso no mandéis, que ha sido  
                  imposible de contar.

                  Si queréis venirme a hablar,  
                  con condición ha de ser  
                  que no lo habéis de saber  
                  ni lo habéis de preguntar;

                  porque para con vos hoy  
                  una enigma a ser me ofrezco;  
                  que ni soy lo que parezco  
                  ni parezco lo que soy.

                  Mientras encubierta estoy  
                  podréis verme y podré veros;  
                  porque si a satisfaceros  
                  llegáis y quién soy sabéis,  
                  vos quererme no querréis  
                  aunque yo quiera quererlos.

                  Pincel, que lo muerto informa,  
                  tal vez un cuadro previene  
                  que una forma a una luz tiene  
                  y a otra luz tiene otra forma.

                  Amor, que es pintor, conforma  
                  dos luces que en mí tenéis.

                  Si hoy aquesta luz me veis  
                  y por eso me estimáis  
                  cuando a otra luz me veáis,  
                  quizá me aborreceréis.

                  Lo que deciros me importa  
                  es en cuanto haber creído  
                  que de don Luis dama he sido,  
                  y esta sospecha reporta  
                  mi juramento y la acorta.

MANUEL:       Pues. ¿qué, señora, os moviera  
                  a encubriros de él?

ÁNGELA:       Pudiera  
                  ser tan principal mujer  
                  que tuviera qué perder



si don Luis me conociera.  
MANUEL: Pues, decidme solamente,  
¿cómo a mi casa pasáis?  
ÁNGELA: Ni eso es tiempo que sepáis  
que es el mismo inconveniente.  
BEATRIZ: (Aquí entro yo lindamente.) Aparte  
Ya el agua y dulce está aquí.  
Vuestra excelencia mire si...

Lleguen todas con toallas, vidr[i]o y algunas  
cajas

ÁNGELA: ¡Qué error y qué impertinencia!  
Necia, ¿quién es excelencia?  
¿Quieres engañar así  
al señor don Manuel  
para que con eso crea  
que yo gran señora sea?

BEATRIZ: Advierte...

MANUEL: (De mi crüel Aparte  
duda salí con aquel  
descuido. Agora he creído  
que una gran señora ha sido  
que por serlo se encubrió  
y que con el oro vio  
su secreto conseguido.)

Llama dentro don JUAN, y túrbanse  
todas

JUAN: Abre aquí. Abre esta puerta.  
ÁNGELA: ¡Ay, cielos! ¿Qué ruido es éste?  
ISABEL: ¡Yo soy muerta!  
BEATRIZ: ¡Helada estoy!  
MANUEL: ¿Aún no cesan mis crüeles  
fortunas? ¡Válgame el cielo!  
ÁNGELA: Señor, mi esposo es aquí.  
MANUEL: ¿Qué he de hacer?  
ÁNGELA: Fuerza es que os vais  
a esconderos a un retrete.  
Isabel, llévale tú  
hasta que oculto le dejes  
en aquel cuarto que sabes  
apartado. ¿Ya me entiendes?  
ISABEL: Vamos presto.

Vase

JUAN:                   ¿No acabáis  
de abrir la puerta?

MANUEL:               ¡Valedme,  
cielos, que vida y honor  
van jugadas a una fuerte!

Vase

JUAN:           La puerta echaré en el suelo.

ÁNGELA:       Retírate tú, pues puedes,  
en esa cuadra, Beatriz.  
No te hallen aquí.

Vase BEATRIZ. Sale don JUAN

                          ¿Qué quieres  
a estas horas en mi cuarto  
que así a alborotarnos vienes?

JUAN:           Respóndeme tú primero.  
Angela, ¿qué traje es ése?

ÁNGELA:       De mis penas y tristezas  
es causa el mirarme siempre  
llena de luto, y vestirme,  
por ver si hay con que me alegre,  
estas galas.

JUAN:           No lo dudo;  
que tristezas de mujeres  
bien con galas se remedian,  
bien con joyas convalecen,  
si bien me parece que es  
un cuidado impertinente.

ÁNGELA:       ¿Qué importa que así me vista  
donde nadie llegue a verme?

JUAN:           Dime, ¿volvióse Beatriz  
a su casa?

ÁNGELA:       Cuerdamente.  
Su padre, por mejor medio  
en paz su enojo convierte.

JUAN:           Yo no quise saber más  
para ir a ver si pudiese  
verla y hablarla esta noche.

Quédate con Dios, y advierte  
que ya no es tuyo ese traje.

Vase

ÁNGELA: Vaya Dios contigo, y vete.

Sale BEATRIZ

Cierra esa puerta, Beatriz.

BEATRIZ: Bien hemos salido de este  
susto. A buscarme tu hermano  
va.

ÁNGELA: Ya, hasta que se sosiegue  
más la casa y don Manuel  
vuelva de su cuarto a verme,  
para ser menos sentidas  
entremos a este retrete.

BEATRIZ: Si esto te sucede bien  
te llaman la dama duende.

Vanse. Salen por el alacena don MANUEL e  
ISABEL

ISABEL: Aquí has de quedarte, y mira  
que no hagas ruido, que pueden  
sentirte.

MANUEL: Un mármol seré.

ISABEL: (Quieran los cielos que acierte      Aparte  
a cerrar; que estoy turbada.)

Vase [cerrando el alacena detrás]

MANUEL: Oh, ¿a cuánto, cielos, se atreve  
quien se atreve a entrar en parte  
donde ni alcanza. ni entiende,  
que daños se le aperciben,  
que riesgos se le previenen?  
Venme aquí a mí en una casa  
que dueño tan notable tiene,  
¡de excelencia por lo menos!,  
lleno de asombros crüeles,  
y tan lejos de la mía.  
Pero, ¿qué es esto? Parece

que a esta parte alguna puerta  
abren. Sí, y ha entrado gente.

Sale COSME

COSME: Gracias a Dios, que esta noche  
entrar podré libremente  
en mi aposento sin miedo,  
aunque sin luz salga y entre.  
Porque el duende, mi señor,  
puesto que a mi amo tiene,  
¿para qué me quiere a mí?  
Pero para algo me quiere.

Topa con don MANUEL

¿Quién va? ¿Quién es?  
MANUEL: Calle, digo.  
¿Quién quiera que es, si no quiere  
que le mate a puñaladas?  
COSME: No hablaré más que un pariente  
pobre en la casa del rico.  
MANUEL: (Criado sin duda es éste Aparte  
que a caso ha entrado hasta aquí.  
De él informarme conviene  
dónde estoy.) Di, ¿qué casa  
es ésta) ¿Y qué dueño tiene?  
COSME: Señor, el dueño y la casa  
son el diablo que me lleve,  
porque aquí vive una dama  
que llaman la dama duende  
que es un demonio en figura  
de mujer.  
MANUEL: Y tú, ¿quién eres?  
COSME: Soy un fámulo o criado.  
Soy un súbdito, un sirviente,  
que sin qué ni para qué  
estos encantos padece.  
MANUEL: ¿Y quién es tu amo?  
COSME: Es  
un loco, un impertinente.  
un tonto, un simple, un menguado,  
que por tal dama se pierde.  
MANUEL: ¿Y es su nombre?  
COSME: Don Manuel

Enríquez.

MANUEL:                    ¡Jesús, mil veces!

COSME:        Yo, Cosme Catiboratos  
                  me llamo.

MANUEL:                    Cosme, ¿tú eres?  
                  Pues, ¿Cómo has entrado aquí?  
                  Tu señor soy. Dime, ¿vienes  
                  siguiéndome tras la silla?  
                  ¿Entraste tras mí a esconderte  
                  también en este aposento?

COSME:        Lindo desenfado es ése.  
                  Dime, ¿cómo estás aquí?  
                  ¿No te fuiste muy valiente  
                  solo donde te esperaban?  
                  Pues, ¿cómo tan presto vuelves?  
                  ¿Y cómo, en fin, has entrado  
                  aquí trayendo yo siempre  
                  la llave de aqueste cuarto?

MANUEL:        Pues dime, ¿qué cuarto es éste?

COSME:        El tuyo o el del demonio.

MANUEL:        ¡Viven los cielos que mientes!  
                  Porque lejos de mi casa  
                  y en casa bien diferente  
                  estaba en aqueste instante.

COSME:        Pues cosas serán del duende  
                  sin duda, porque te he dicho  
                  la verdad pura.

MANUEL:                    ¿Tú quieres  
                  que pierda el juicio?

COSME:                    ¿Hay más  
                  de desengañarte. Vete  
                  por esa puerta y saldrás  
                  al portal adonde puedes  
                  desengañarte.

MANUEL:                    Bien dices.  
                  Iré a examinarle y verle.

Vase

COSME:        Señores, ¿cuándo saldremos  
                  de tanto embuste aparente?

Sale ISABEL por la alacena

ISABEL:        (Volvióse a salir don Juan    Aparte

y porque a saber no llegue  
don Manuel adónde está,  
sacarle de aquí conviene.)

¡Ce, señor, ce!

COSME: ¡Esto es peor!

¡Ceáticas son estas cees!

ISABEL: Ya mi señor recogido  
queda.

COSME: (¿Qué señor es éste?) Aparte

Sale don MANUEL

MANUEL: Éste es mi cuarto en efecto.

ISABEL: ¿Eres tú?

COSME: Sí, soy yo.

ISABEL: Vente  
conmigo.

MANUEL: Tú dices bien.

ISABEL: No hay qué temer, nada esperes.

COSME: Señor, ¡que el duende me lleva!

Llévale [a COSME] ISABEL

MANUEL: ¿No sabremos finalmente  
de donde nace este engaño?  
¿No respondes? ¿Qué necio eres!  
¿Cosme? ¿Cosme? ¡Vive el cielo  
que toco con las paredes!  
¿Yo no hablaba aquí con él?  
¿Dónde se desaparece  
tan presto? ¿No estaba aquí?  
Yo he de perder dignamente  
el juicio. Mas, pues es fuerza,  
que aquí otro cualquiera entre,  
he de averiguar por dónde;  
porque tengo de esconderme  
hasta averiguar quién es  
esta hermosa dama duende.

Vase y salen todas las mujeres, una con luces, y  
otra con algunas cajas, y otra con un vidrio de agua

ÁNGELA: Pues, a buscarte ha salido  
mi hermano, y pues Isabel

a su mismo cuarto ha ido  
a traer a don Manuel,  
esté todo apercebido.

Halle, cuando llegue aquí,  
la colación prevenida.  
Todas le esperad así.

BEATRIZ: No he visto en toda mi vida  
igual cuento.

ÁNGELA: ¿Viene?

CRIADA: Sí,  
que ya siento sus pisadas.

Sale ISABEL trayendo a COSME de la mano

COSME: (Triste de mí, ¿dónde voy? Aparte  
Ya estas son burlas pesadas;  
mas no, pues mirando estoy  
bellezas tan extremadas.  
¿Yo soy Cosme o Amadís?  
¿Soy Cosmico o Belianís?)

ISABEL: Ya viene aquí. ¿Mas qué veo?  
¿Señor?

COSME: (Ya mi engaño creo Aparte  
pues tengo el alma en un tris.)

ÁNGELA: ¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL: Señora,  
donde a don Manuel dejé  
volviendo por él agora  
a su criado encontré.

BEATRIZ: Mal tu descuido se dora.

ISABEL: Está sin luz.

ÁNGELA: ¡Ay de mí!  
Todo está ya declarado.

BEATRIZ: Más vale engañarle así.  
¿Cosme?

COSME: ¿Damiana?

BEATRIZ: A este lado  
llegad.

COSME: Bien estoy aquí.

ÁNGELA: Llegad, no tengáis temor.

COSME: ¿Un hombre de mi valor,  
temor?

ÁNGELA: Pues, ¿qué es no llegar?

[COSME habla] aparte y lléguese a ellas

COSME: Ya no se puede excusar.  
En llegando al pundonor,  
respeto no puede ser  
sin ser espanto ni miedo,  
porque al mismo Lucifer  
temerle muy poco puedo.  
En hábito de mujer,  
alguna vez lo intentó  
y, para el ardid que fragua,  
cota enagua se vistió,  
que esto de cotilla enagua  
el demonio lo inventó,  
en forma de una doncella  
aseada, rica y bella  
a un pastor se apareció  
y él, así como la vio,  
se encendió en amores de ella.  
Gozó a la diabla, y después  
con su forma horrible y fea  
le dijo a voces, "¿No ves,  
mísero de ti, cuál sea  
desde el copete a los pies  
la hermosura que has amado?  
Desespera, pues has sido  
agresor de tal pecado."  
Y él, menos arrepentido  
que antes de haberla gozado,  
le dijo, "Si pretendiste,  
oh sombra fingida y vana,  
que desesperase un triste,  
vente por acá mañana  
en la forma que trujiste.  
Verásme amante y cortés,  
no menos que antes, después,  
y aguardarte en testimonio  
de que aún horrible no es  
en traje de hembra un demonio."

ÁNGELA: Volved en vos y tomad  
una conserva y bebed;  
que los sustos causan sed.

COSME: Yo no la tengo.

BEATRIZ: Llegad,  
que habéis de volver, mirad,  
doscientas leguas de aquí.

COSME: Cielos, ¿qué oigo?

ÁNGELA: ¿Llaman?



BEATRIZ:                         Sí.  
ISABEL:     ¿Hay tormento más crüel?  
ÁNGELA:     ¿Ay de mí triste!

[Habla] dentro [don] LUIS

LUIS:                         ¿Isabel?  
BEATRIZ:     ¡Válgame el cielo!  
LUIS:                         Abre aquí.

ÁNGELA:     ¡Para cada susto tengo  
                  un hermano!  
ISABEL:                     ¡Trance fuerte!  
BEATRIZ:     Yo me escondo.

Vase

COSME:                     Éste, sin duda,  
                  es el verdadero duende.  
ISABEL:     Vente conmigo.  
COSME:                     Sí, haré.

Vanse. Sale don LUIS

ÁNGELA:     ¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?  
LUIS:     Pesares míos me traen  
              a estorbar otros placeres.  
              Vi ya tarde en ese cuarto  
              una silla, donde vuelve  
              Beatriz. Y vi que mi hermano  
              entró.

ÁNGELA:     Y en fin, ¿qué pretendes?  
LUIS:     Como pisa sobre el mío,  
              me pareció que había gente,  
              y para desengañarme  
              sólo he de mirarle y verle.

Alza una antepuerta y topa con BEATRIZ

                  ¡Beatriz! ¿Aquí estás?  
BEATRIZ:                     Aquí  
                  estoy, que hube de volverme  
                  porque al disgusto volvió

mi padre, enojado siempre.  
LUIS: Turbadas estáis las dos.  
¿Qué notable estrago es éste  
de platos, dulces y vidrios?  
ÁNGELA: ¿Para qué informarte quieres  
de lo que en estando a solas  
se entretienen las mujeres?

Hacen ruido en la alacena ISABEL y COSME

LUIS: ¿Y aquel ruido, qué es?  
ÁNGELA: (Yo muero.) Aparte  
LUIS: ¡Vive Dios, que allí anda gente!  
Ya no puede ser mi hermano  
quien se guarda de esta suerte.

Aparta la alacena para entrar con luz

¡Ay de mí, cielos piadosos!  
Que queriendo neciamente  
estorbar aquí los celos  
que amor en mi pecho enciende,  
celos de honor averiguo.  
Luz tomaré, aunque imprudente,  
pues todo se halla con luz  
y el honor con luz se pierde.

Vase

ÁNGELA: ¡Ay, Beatriz, perdidas somos  
si le topa.

BEATRIZ: Si le tiene  
en su cuarto ya, Isabel,  
en vano dudas y temes  
pues te asegura el secreto  
de la alacena.

ÁNGELA: ¿Y si fuese  
tal mi desdicha que allí  
con la turbación no hubiese  
cerrado bien Isabel  
y él entrase allá?

BEATRIZ: Ponerte  
en salvo será importante.

ÁNGELA: De tu padre iré a valerme

como él se valió de mí,  
porque, trocada la suerte,  
si a ti te trujo un pesar  
a mí otro pesar me lleve.

Vanse. Salen por el alacena ISABEL y COSME, y por  
otra parte don MANUEL

ISABEL: Entra presto.

Vase [ISABEL]

MANUEL: Ya otra vez  
en la cuadra siento gente.

Sale don LUIS con luz

LUIS: Yo vi un hombre, ¡vive Dios!

COSME: Malo es esto.

LUIS: ¿Cómo tienen  
desviada esta alacena?

COSME: Ya se ve luz. Un bufete  
que he topado aquí me valga.

Escóndese

MANUEL: Esto ha de ser de esta suerte.

Echa mano

LUIS: ¿Don Manuel?

MANUEL: ¿Don Luis? ¿Qué es esto?  
¿Quién vio confusión más fuerte?

COSME: Oigan por donde se entró.  
Decirlo quise mil veces.

LUIS: ¡Mal caballero, villano,  
traidor, fementido huésped,  
que al honor de quien te estima  
te ampara, te favorece,  
sin recato te aventuras  
y sin decoro te atreves!  
¡Esgrime ese infame acero!

MANUEL: Sólo para defenderme  
le esgrimiré, tan confuso  
de oírte, escucharte y verte,  
de oírme, verme y escucharme;  
que aunque a matarme te ofreces,  
no podrás, porque mi vida,  
hecha a prueba de crüeles  
fortunas, es inmortal.  
Ni podrás aunque lo intentes,  
darme la muerte, supuesto  
que el dolor no me da muerte  
que, aunque eres valiente tú,  
es el dolor más valiente.

LUIS: No con razones me venzas  
sin con obras.

MANUEL: Detente.  
Sólo hasta pensar si puedo,  
don Luis, satisfacerte.

LUIS: ¿Qué satisfacciones hay  
si así agraviarme pretendes?  
Si en el cuarto de esta fiera,  
por ese cuarto que tienes  
entras, ¿hay satisfacciones  
a tanto agravio?

MANUEL: Mil veces  
rompa esa espada mi pecho,  
don Luis, si eternamente  
supe de esta puerta o supe  
que paso a otro cuarto tiene.

LUIS: Pues, ¿qué haces aquí encerrado  
sin luz?

MANUEL: ¿Qué he de responderle?  
Un criado espero.

LUIS: Cuando  
yo te he visto esconder, ¿quieres  
que mientan mis ojos?

MANUEL: Sí,  
que ellos engaños padecen  
más que otro sentido.

LUIS: Y cuando  
los ojos mientan, ¿pretendes  
que también mienta el oído?

MANUEL: También.

LUIS: ¿Todos al fin mienten?  
¿Tú solo dices verdad?  
¡Y eres tú solo el que...!

MANUEL: Tente.

Porque aún antes que lo digas  
que lo imagines y pienses,  
te habré quitado la vida.  
Y ya arrestada la suerte  
primero soy yo. Perdonen  
de amistad honrosas leyes.  
Y pues ya es fuerza reñir,  
riñamos como se debe.  
Parte entre los dos la luz  
que nos alumbre igualmente.  
Cierra después esa puerta  
por donde entraste imprudente,  
mientras que yo cierro esta otra,  
y agora en el suelo se eche  
la llave para que salga  
el que con la vida quede.

LUIS: Yo cerraré la alacena  
por aquí con un bufete  
porque no puedan abrirla  
por allá cuando lo intenten.

Topa con COSME

COSME: Descubrióse la tramoya.

LUIS: ¿Quién está aquí?

MANUEL: (Dura suerte Aparte  
es la mía.)

COSME: No está nadie.

LUIS: Dime, don Manuel, ¿es éste  
el criado que esperabas?

MANUEL: Ya no es tiempo de hablar éste.  
Yo sé que tengo razón.  
Creed de mí lo quisieréis  
que con la espada en la mano  
sólo ha de vivir quien vence.

COSME: ¡Ea, pues, reñid los dos!  
¿Qué esperáis?

MANUEL: Mucho me ofendes.  
Si eso presumes de mí,  
pensando estoy que ha de hacerle  
del criado. Porque echarle  
es enviar quien lo cuente  
y tenerle aquí ventaja  
pues es cierto ha de ponerse  
a mi lado.

COSME: No haré tal

si es ése el inconveniente.

LUIS: Puerta tiene aquesa alcoba  
y como en ella se cierre,  
quedaremos más iguales.

MANUEL: Dices bien. Entra a esconderte.

COSME: Para que yo riña, haced  
diligencias tan urgentes;  
que para que yo no riña  
cuidado excusado es ése.

Vase

MANUEL: Ya estamos solos [los] dos.

Riñen

LUIS: Pues nuestro duelo comience.

MANUEL: No vi más templado pulso.

Desguarnécese la espada [de don LUIS]

LUIS: No vi pujanza más fuerte.  
Sin armas estoy. Mi espada  
se desarma y desguarnece.

MANUEL: No es defecto de valor;  
de la Fortuna accidente  
sí. Busca otra espada, pues.

LUIS: Eres cortés y valiente.  
(Fortuna, ¿qué debo hacer      Aparte  
en una ocasión tan fuerte  
pues cuando el honor me quita,  
me da la vida y me vence?  
Yo he de buscar ocasión  
verdadera o aparente  
para que pueda en tal duda  
pensar lo que debe hacerse.)

MANUEL: ¿No vas por la espada?

LUIS: Sí,  
y como a que venga, esperes.  
Presto volveré con ella.

MANUEL: Presto o tarde, aquí estoy siempre.

LUIS: Adiós, don Manuel, que os guarde.

Vase

MANUEL: Adiós, que con bien os lleve.  
Cierro la puerta y la llave  
quito porque no se eche  
de ver que está gente aquí.  
¡Qué confusos pareceres  
mi pensamiento combaten  
y mi discurso revuelven!  
¡Que bien predije que había  
puerta que paso la hiciese  
y que era de don Luis dama!  
Todo en efecto sucede  
como yo lo imaginé.  
¿Mas, cuándo desdichas mienten?

Asómase COSME en lo alto

COSME: ¡Ah, señor, por vida tuya!  
Que lo que solo estuvieres,  
me echas allá, porque temo  
que venga a buscarme el duende  
con sus dares y tomares,  
con sus dimes y diretes,  
en un retrete que apenas  
se divisan las paredes.

MANUEL: Yo te abriré, porque estoy  
tan rendido a los desdenes  
del discurso que no hay  
cosa que más me atormente.

Vanse, y salen don JUAN y doña ÁNGELA  
con manto y sin chapines

JUAN: Aquí quedarás en tanto  
que me informe y me aconseje  
de la causa que a estas horas  
te ha sacado de esta suerte  
de casa, porque no quiero  
que en tu cuarto, ingrata, entre  
por informarme sin ti  
de lo que a ti te sucede.  
(De don Manuel en el cuarto      Aparte  
la dejo y, por si él viniere,  
pondré a la puerta un criado

que le diga que no entre.

Vase

ÁNGELA: ¡Ay, infelice de mí!  
Unas a otras suceden  
mis desdichas. ¡Muerta soy!

Salen don MANUEL y COSME

COSME: Salgamos presto.  
MANUEL: ¿Qué temes?  
COSME: Que es demonio esta mujer  
y que aun allí no me deje.  
MANUEL: Si ya sabemos quién es,  
y en una puerta un bufete  
y en otra la llave está,  
¿por dónde quieres que entre?  
COSME: Por donde se le antojare.  
MANUEL: Necio estás.  
COSME: ¡Jesús mil veces!  
MANUEL: ¿Por qué es eso?  
COSME: El verbi gratia  
encaja aquí lindamente.  
MANUEL: ¿Eres ilusión o sombra,  
mujer, que a matarme vienes?  
Pues, ¿cómo has entrado aquí?  
ÁNGELA: ¡Don Manuel!  
MANUEL: Di.  
ÁNGELA: Escucha, atiende:

Llamó don Luis turbado,  
entró atrevido, reportóse osado,  
prevínose prudente,  
pensó discreto y resistió valiente.  
Miró la casa, ciego,  
recorrióla advertido, hallóte, y luego  
ruido de cuchilladas.  
Habló, siendo las lenguas las espadas.  
Yo, viendo que era fuerza  
que dos hombres cerrados, a quien fuerza  
su valor y su agravio,  
retórico el acero, mudo el labio,  
no acaban de otra suerte  
que con sólo una vida y una muerte,



sin ser vida ni alma  
mi casa dejo, y a la oscura calma  
de la tiniebla fría,  
pálida imagen de la dicha mía  
a caminar empiezo.  
Aquí yerro, aquí caigo, aquí tropiezo,  
y torpes mis sentidos  
prisión hallan de seda mis vestidos.  
Sola, triste y turbada  
llego de mi discurso mal guiada  
al umbral de una esfera  
que fue mi cárcel, cuando ser debiera  
mi puerto y mi sagrado.  
Mas, ¿dónde le ha de hallar un desdichado?  
Estaba a sus umbrales,  
como eslabona el cielo nuestros males,  
don Juan, don Juan mi hermano.  
Que ya resisto, ya definiendo en vano  
decir quién soy, supuesto  
que el haberlo callado nos ha puesto  
en riesgo tan extraño.  
¿Quién creerá que el callar me ha hecho daño  
siendo mujer? Y es cierto,  
siendo mujer, que por callarme he muerto.  
En fin, él esperando  
a esta puerta estaba--¡ay cielo!--cuando  
yo a sus umbrales llego  
hecha volcán de nieve, alpe de fuego.  
Él a la luz escasa,  
con que la luna mansamente abrasa,  
vio brillar los adornos de mi pecho.  
No es la primer traición que nos han hecho.  
Pensó que era su dama  
y llegó mariposa de su llama  
para abrasarse en ella  
y hallóme a mí por sombra de su estrella.  
¿Quién de un galán creyera  
que buscando sus celos conociera,  
tan contrarios los cielos,  
que ya se contentara con sus celos?  
Quiso hablarme y no pudo,  
que siempre ha sido el sentimiento mudo,  
En fin, en tristes voces  
que mal formadas anegó, veloces  
desde la lengua al labio  
la causa solícita de su agravio.  
Yo responderle intento

--ya he dicho como es mudo el sentimiento--  
y, aunque quise no pude,  
que mal al miedo la razón acude.  
Sí, bien busqué colores a mi culpa  
mas cuando anda a buscarse la disculpa  
o tarde o nunca llega;  
mas el delito afirma que le niega.  
"Ven," dijo, "hermana fiera,  
de nuestro antiguo honor mancha primera,  
dejaréte encerrada  
donde segura estés y retirada  
hasta que cuerdo y sabio  
de la ocasión me informe de mi agravio."  
Entré donde los cielos  
mejoraron con verte mis desvelos.  
Por haberte querido  
fingida sombra de mi casa he sido.  
Por haberte estimado  
sepulcro vivo fui de mi cuidado,  
porque no te quisiera  
quien el respeto a tu valor perdiera,  
porque no se estimara  
quien su traición dijera cara a cara.  
Mi intento fue el quererte,  
mi fin amarte, mi temor perderte,  
mi miedo asegurarte,  
mi vida obedecerte, mi alma amarte,  
mi deseo servirte,  
y mi llanto, en efecto, persuadirte  
que mi daño repares,  
que me valgas, me ayudes y me ampares.

MANUEL: (Hidras parecen las desdichas mías Aparte  
al renacer de sus cenizas frías.  
¿Qué haré en tan ciego abismo,  
humano laberinto de mí mismo?  
Hermana es de don Luis cuando creía  
que era dama. Si tanto, ¡ay Dios!, sentía  
ofendelle en el gusto,  
¿qué será en el honor? Tormento justo,  
su hermana es. Si pretendo  
librarla y con mi sangre la defiando,  
remitiendo a mi acero su disculpa,  
es ya mayor mi culpa,  
pues es decir que he sido  
traidor y que a su casa he ofendido  
pues en ella me halla.  
Pues querer disculparme con culpalla

es decir que ella tiene  
la culpa y a mi honor no le conviene.  
Pues, ¿qué es lo que pretendo?  
Si es hacerme traidor, si la defiendo;  
si la dejo, villano;  
si la guardo, mal huésped inhumano;  
si a su hermano la entrego,  
soy mal amigo; si aguardarla llevo,  
ingrato; si la libro, a un noble trato;  
y si la dejo, a un noble amor ingrato.  
Pues de cualquier manera  
mal puesto he de quedar, matando muera.)  
No receles, señora,  
noble soy, y conmigo estás agora.

COSME:           La puerta abren.  
MANUEL:           Nada temas,  
                      pues que mi valor te guarda.  
ÁNGELA:        Mi hermano es.  
MANUEL:           Segura estás.  
                      Ponte luego a mis espaldas.

Sale don LUIS

LUIS:        Ya vuelvo. Pero, ¿qué miro?  
                  ¡Traidora

Amenázala

MANUEL:           Tened la espada,  
                      señor don Luis, yo os he estado  
                      esperando en esta sala  
                      desde que os fuisteis y aquí,  
                      sin saber cómo, esta dama  
                      entró que es hermana vuestra,  
                      según dice, que palabra  
                      os doy como caballero  
                      que no la conozco. Y basta  
                      decir que engañado pude,  
                      sin saber a quien, hablarla.  
                      Yo la he de poner en salvo  
                      a riesgo de vida y alma.  
                      De suerte que nuestro duelo,  
                      que había a puerta cerrada  
                      de acabarle entre los dos,

a ser escándalo pasa.  
En habiéndola librado,  
yo volveré a la demanda  
de nuestra pendencia. Y pues,  
en quien sustenta su fama  
espada y honor han sido  
armas de más importancia,  
dejadme ir vos por honor  
pues yo os dejé ir por espada.

LUIS: Yo fui por ella, mas sólo  
para volver a postrarla  
a vuestros pies, y cumpliendo  
con la obligación pasada  
en que entonces me pusisteis  
pues que me dais nueva causa  
puedo ya reñir de nuevo.  
Esa mujer es mi hermana.  
No la ha de llevar ninguno,  
a mis ojos, de su casa  
sin ser su marido. Así  
si os empeñáis a llevarla,  
con la mano podrá ser,  
pues con aquesa palabra  
podéis llevara y volver,  
si queréis, a la demanda.

MANUEL: Volveré. Pero advertido  
de tu prudencia y constancia  
a sólo echarme a esos pies.

LUIS: Alza del suelo, levanta.

MANUEL: Y para cumplir mejor  
con la obligación jurada  
a tu hermana doy la mano.

Salen por una puerta BEATRIZ e ISABEL, y por otra  
don JUAN

JUAN: Si sólo el padrino falta,  
aquí estoy yo; que viniendo  
a donde dejé a mi hermana  
el oíros me detuvo,  
no salir a las desgracias  
como he salido a los gustos.

BEATRIZ: Y pues con ellos se acaban,  
no se acaban sin terceros.

JUAN: Pues, ¿tú, Beatriz, en mi casa?

BEATRIZ: Nunca salí de ella, luego

te podré decir la causa.  
JUAN: Logremos esta ocasión  
pues tan a voces nos llama.  
COSME: Gracias a Dios, que ya el duende  
se declaró. Dime, ¿estaba  
borracho?  
MANUEL: Si no lo estás,  
hoy con Isabel te casas.  
COSME: Para estarlo fuera [de] eso,  
mas no puedo.  
ISABEL: ¿Por qué causa?  
COSME: Por no malograr el tiempo;  
que en estas cosas se gasta,  
pudiéndolo aprovechar  
en pedir de nuestras faltas  
perdón, humilde el autor  
os le pide a vuestras plantas.

FIN DE LA COMEDIA